

PUNTO
ROJO
10

LA PAGA DE LOS ASESINOS

Burton Hare

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

BURTON HARE

LA PAGA DE LOS ASESINOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 879
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 42.460 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1979

© Burton Hare - 1979

texto

© Three Lions - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.459 — Lamento por una rubia.
- En Colección PUNTO ROJO:
867 — Manchado de sangre.
- En Colección LA HUELLA:
130 — El funeral de las ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer se aferró a él como si temiera caerse de la cama.

—¡Johnny, maldito seas! —jadeó.

—¿Qué te pasa ahora?

—Algo debe funcionar mal en tu cabeza. Me vuelves loca y luego te detienes. ¿En qué estás pensando?

El sonrió de aquella manera que no era más que una mueca.

—En ti, por supuesto. ¿En qué otra cosa podría pensar en estos momentos?

—No lo sé. ¡Condenación! No sé nada de ti, sólo que eres el primer hombre que me hace llegar al cénit de la vida y del placer. ¡No te detengas o te mato!

El la besó, quizá para cerrarle la boca. Al mismo tiempo se hundió dentro de ella bruscamente, arrancándole un ahogado Suspiro. La muchacha se revolvió como una serpiente, incrustándose en él, en aquel cuerpo duro y plagado de cicatrices. A través de sus labios aprisionados por la boca de Johnny, escapó un quejido, un grito de plenitud, cuando se sintió morir en la cima de un goce absoluto, total, como si toda ella se diluyera en oleadas, se derramara en un fuego líquido que sólo el estallido final lograría apagar.

Se quedó jadeando, los ojos cerrados, sintiendo el salvaje palpar del corazón de él contra sus senos desnudos.

—¿Johnny?

—Aún estoy aquí.

—Ya lo sé. Formas parte de mi propio cuerpo. ¿Cómo te sientes?

—¿Y tú?

—Muerta. Y feliz, y llena de amor.

—No te pongas romántica.

—Eres un pedazo de bestia, querido.

—Me llamaron cosas peores otras veces.

Ella separó un poco la cara para mirarle al fondo de los ojos. Eran unos ojos pálidos y extraños, que carecían por completo de expresión. Desvió los suyos rápidamente.

—No te comprendo —murmuró—. Hace cuatro días que estamos juntos, que vivo solo para ti, y sigo sin comprenderte.

—Entonces deja de intentarlo. Lo pasamos bien y eso es lo único que importa.

—Ojalá fuera tan sencillo. Ni siquiera sé si Johnny es tu verdadero nombre, ni dónde vives, ni quién eres ni si trabajas en alguna parte. ¡Diablos coronados, no sé nada de nada! Y, sin embargo, me entregué a ti como si fuera la primera vez... como una colegiala inexperta.

El suspiró. Suavemente se separó de ella y tanteó en la mesita hasta echar mano del paquete de cigarrillos.

—Hablas demasiado —gruñó.

—Y tú demasiado poco. Una mujer necesita saber algo del hombre con quien se acuesta.

—Sabes que me llamo Johnny Conan. ¿Qué más quieres?

—Temo que no lo entenderías. Voy a ducharme.

Saltó de la cama, mirándole aún. El también la miró de arriba abajo, perdiéndose en los hermosos recovecos de un cuerpo impecable, de formas rotundas y altivas. Los pechos vibrantes acusaban la excitación que aún dominaba a la mujer.

Johnny encendió el cigarrillo cuando ella se encerró en el baño. Instantes después oyó correr el agua de la ducha. Expelió el humo hacia el techo, tumbado de espaldas en la cama. La sombría expresión de su rostro anguloso no parecía la más adecuada para quien acaba de saciarse de amor con una mujer tan bella como una quimera.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero apenas encendido. Dio un vistazo a la puerta del cuarto de baño y luego, saltando de la cama, se dirigió a donde colgaban sus ropas.

Debajo de la chaqueta, en el respaldo de la silla, había un arnés de suave cuero, sujetando una potente automática «Magnum». La sacó de la funda y de un bolsillo extrajo un pequeño y sofisticado silenciador. Era un modelo que ningún pistolero podría encontrar en el mercado.

Lo enroscó al largo cañón y tras quitar el seguro dejó el arma

sobre el asiento de la silla, disimulándola con la chaqueta que colgaba de ella.

Miró su reloj y apenas pudo contener un gruñido. Las cosas nunca salen como otros las planean, pensó, disgustado.

Volvió a la cama y cuando la muchacha salió del cuarto de baño, fumaba de nuevo de cara al techo, como si no se hubiera movido en todo el tiempo.

Ella le miró enarcando las cejas.

—¿Sabes que eres todo un tipo? —Runruneó, satisfecha—. Me gustaría saber cómo conseguiste todos esos músculos, y todas esas cicatrices.

—Olvidalo.

—Eres un búho, además de todo un tipo. No quieres hablarme de ti todavía.

—No hay nada qué decir de este tema. Soy un tipo como los demás. Punto.

—¡Y un cuerno! He conocido otros hombres antes y sé lo que me digo.

—Háblame de ellos.

—¿Qué?

—De los tipos que conociste antes de encontrarte conmigo.

—¿Para qué? No es un tema agradable de conversación.

—Puede ser divertido.

—Para tu podrido sentido del humor, tal vez, pero no para mí. Fueron sólo una necesidad fisiológica, para decirlo de algún modo, nada más.

—¿Cómo era el último?

Ella, soltó un bufido. Fue a tenderse al lado de Johnny, extendida de cara al techo. Le quitó el cigarrillo de los labios y aspiró el humo profundamente.

—Se enamoró de mí —murmuró, como si hablara para sí misma—. Nunca logré comprenderle. Se enamoró de verdad... a pesar de que le dije, sin rodeos, que lo nuestro era sólo una aventura fugaz. Te digo que estaba loco de remate.

—¿Y cómo te libraste de él?

—Ahí está lo raro. Juraba que nunca dejaría de quererme y todas esas cursilerías que se suelen decir. Bueno... un día se fue y nunca más supe de él. Hace seis meses de eso y aún no he logrado

comprender qué ventolera le dio.

—¿Cómo se llamaba?

—Willy, ¡eh! ¿Qué te importa a ti cómo se llamara el pobre tipo?

—Curiosidad. Si hablamos de él, debo saber cómo se llamaba.

—Willy Bown. Y ahora que se me ocurre, tampoco quería hablar de él. En cierto modo, era tan raro como tú.

—Sería una mala faena que se presentara ahora, ¿no te parece? Involuntariamente, la muchacha se estremeció.

—No lo digas ni en broma. Nadie sabe de lo que sería capaz. Por fortuna, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

Reinó un largo silencio. Ella deslizó los dedos sobre el torso de Johnny, deteniéndolos en cada cicatriz, acariciantes y suaves.

—¿Estuviste en la guerra?

—¿Qué guerra?

—No sé. Vietnam, quizá.

—No. Y deja de meter la nariz donde no debes.

La muchacha giró sobre sí misma para quedar apoyada en los codos, casi sobre él.

—Johnny...

—¿Qué?

—Podría enamorarme de ti. Podría quererte como una mujer ama una sola vez en la vida.

—Harías un mal negocio, créeme. Un pésimo negocio, Melisa.

—Aun así, quizá valiera la pena dejarse llevar del corazón, aunque sólo fuera esta vez.

Deslizó una pierna sobre él, sin dejar de mirarle fijamente.

—Esta vez —susurró—, seré yo quien te posea. Me siento fuerte como nunca. Voy a hacerte mío.

El iba a replicar, pero en aquel instante se oyó un chasquido en la cerradura de la puerta de entrada. Una llave empezó a forcejear, una y otra vez.

Al fin, quien fuera se cansó del juego y llamó al timbre de manera imperiosa, acuciante.

—Será mejor que vayas a ver quién es —dijo Johnny, con voz neutra.

—Johnny, estoy asustada. Sea quien sea ha intentado abrir con una llave.

—Debe ignorar que cambiaste la cerradura hace un par de días porque se estropeó.

—Tú la estropeaste con tus manazas.

El timbre volvió a sonar, más insistente que antes.

—Abre esa maldita puerta —dijo Johnny—. No te preocupes, nadie te hará daño mientras yo esté aquí.

—¿Y si fuera Willy? El tenía una llave de la puerta.

—Le haremos entrar en razón.

Un puño golpeó furiosamente y los golpes retumbaron por todo el pequeño *bungalow*.

Melisa se envolvió en una bata. Johnny, incorporándose, colocó los pies en el suelo.

—Abre. Yo estaré detrás de ti.

Vacilando todavía, la muchacha salió del dormitorio y dirigiéndose a la entrada preguntó a través de la madera:

—¿Quién está ahí?

—¡Cristo, ya era hora! Soy Willy, nena. ¿Es que estabas durmiendo todavía?

—¡Willy!

—Abre, nena. Te lo explicaré todo.

—Espera.

Su voz se quebró.

Desde fuera, el hombre dijo:

—No debiste cambiar la cerradura sólo porque yo tuviera que marcharme precipitadamente. Te juro que sigo queriéndote igual. Ruedo explicarte lo que pasó, sólo déjame entrar.

—Está bien... un minuto, Willy.

Corrió hacia el dormitorio. Johnny estaba abrochándose la camisa. Sólo gruñó:

—Abre. Si es necesario, saldré por la ventana.

—Pero lo notará... sabrá que no estuve sola en la cama.

—¡Abre de una maldita vez!

Melisa retrocedió, inquieta. Tan pronto abrió la puerta, un hombre entró de un salto y la apresó entre sus grandes manos.

—Nena, cariño... deja que te cuente lo que... ¡Diablos, apuesto que no llevas nada más que esta bata!

—Willy, yo...

—Estupendo. Hablaremos después.

La besó ferozmente en la boca. Luego, apartándola, se quitó la chaqueta. Llevaba una funda axilar con un revólver de gran calibre. Melisa desorbitó la mirada al verlo.

El hizo una mueca.

—También para eso tengo una buena explicación —se disculpó.

Alargó las manos para quitarle la bata. Melisa dio un paso atrás y él rió.

—¿Quieres jugar un poco al gato y al ratón, antes de rendirte? Deja que te quite esa mosquitera, cariño, lo pasaremos en grande después de todo este tiempo.

Fue de nuevo hacia ella.

En aquel instante descubrió a Johnny en el umbral del dormitorio y dio un brinco.

Johnny murmuró:

—Hola, Bruno.

—¡Jesús! ¿Qué...?

Su mano voló en busca del revólver. Johnny levantó la suya en la que ya empuñaba la «Magnum» y disparó dos veces, tan rápidamente que los dos proyectiles entraron casi por el mismo agujero en el pecho del recién llegado.

El bárbaro empuje de las balas hizo saltar hacia atrás el pesado cuerpo. Golpeó de espaldas la cerrada puerta y de allí rebotó al suelo, donde quedó inmóvil.

Sólo entonces, Melisa empezó a chillar.

Johnny suspiró. El monstruoso cañón de la «Magnum» apuntó a la histérica muchacha y durante un fugaz instante el dedo de él se tensó en el gatillo.

Luego gruño:

—¡Deja de chillar de una vez! ¿Me oyes? ¡Deja de gritar!

Ella enmudeció, boqueando como un pez fuera del agua, su desorbitada mirada fija en el extraño silenciador que la apuntaba.

Como si le costara un gran esfuerzo, él bajó el largo cañón de la pistola.

—Estoy haciéndome viejo —masculló entre dientes.

—¿Por qué... lo hiciste...?

—No te importa. Debería matarte a ti también para hacer las cosas bien, pero todo cambia, hasta un perro rabioso como yo. Podrás llamar a la policía tan pronto haya salido de aquí.

—Pero...

—No preguntes si quieres seguir viviendo. El debía morir, eso es todo lo que necesitas saber. Podrás contar a la policía lo que sabes, incluido mi nombre: Johnny Conan.

Se detuvo junto a ella. La miró al fondo de los aterrados ojos, hizo una mueca y pasando por encima del cadáver abrió la puerta y desapareció.

Trastabillando, hipando y sollozando, la muchacha retrocedió hacia el interior de la vivienda. Cuando descolgó el teléfono ni siquiera era capaz de recordar su propio nombre.

CAPÍTULO II

Con el auricular del teléfono pegado a la oreja, Johnny dio un largo sorbo de *whisky*. La voz que retumbaba en su oído era bronca, desagradable.

Hacía más de un minuto que aquella voz estaba desmenuzándole, insultándole, haciéndole materialmente pedazos. Volvió a beber como si la cosa no fuera con él.

Al fin, su iracundo interlocutor bramó:

—¡Diga algo, maldito sea usted, Banion!

—Conan.

—¿Qué?

—Johnny Conan.

—¡Al infierno con eso! ¿Qué le pasó, se está volviendo blando, o se le apolilla el cerebro? Eso es el final y usted lo sabe. No se puede cometer un error como éste y continuar en este trabajo.

—No fue ningún error. Y este trabajo es una mierda, señor.

Durante unos instantes sólo se oyó una especie de jadeo salvaje, como si quien fuera que estaba al otro extremo del hilo estuviera ahogándose.

—¿Y usted qué cree que es? —Tronó la voz—. Dejar a esa mujerzuela con vida, sólo para que pueda delatarlo a la policía. Si le echan el guante la mitad de este país saltará por los aires.

—Con usted incluido.

—¿Qué? Oiga, Banion...

—Conan. No olvide que esta vez fue usted quien me rebautizó.

—¡Nunca he permitido que nadie se burlara de mí! No sé cómo no mando que le cuelguen. Está bien, emprenderá un viaje, unas vacaciones o como quiera Mamario. Otro ocupará su puesto.

—No.

—¿Qué dijo?

—Ya lo oyó.

—¿Ha perdido el juicio?

—Hace mucho tiempo en todo caso. Voy a quedarme aquí, señor. Y continuaré con este sucio trabajo hasta el final porque es el último, Y por otra razón endiabladamente buena.

—¿De qué está hablando?

—De la chica.

—¿La fulana ésa?

—Ajá. No quiero que le suceda nada. No importa lo que les diga a los polizontes, nada de todo ello puede comprometerme, Si a alguien se le ocurriera la genial idea de querer cerrarle la boca... bueno, habría de entendérselas conmigo a continuación. Usted ya me entiende.

—Demasiado. Eso es casi una rebelión.

—Llámelo como quiera, señor.

—Pero, hombre, no puede ser cierto. Un hombre con su historial, con su experiencia, perder la chaveta por una mujerzuela cualquiera...

—No perdí la cabeza. La hubiera matado sin vacilar si realmente fuera un peligro para mí. Pero quiero que viva, eso es todo, y le hago a usted responsable de su salud... de su buena salud, señor.

—¡Banion! ¿Qué infiernos...?

Johnny colgó el teléfono, ahogando los ladridos del auricular. Acabó con la generosa dosis de *whisky* y recostándose contra el respaldo del diván encendió un cigarrillo y permaneció inmóvil durante un largo rato.

Contra su voluntad, pensaba en Melisa.

Los policías eran hombres pacientes, profesionales y con una larga experiencia en su trabajo, así que le dieron tiempo para que recobrara la calma. El médico ayudó en ello proporcionándole un poderoso sedante.

—Cuando pasen los efectos de esa pócima —farfulló dirigiéndose al teniente Ridley—, déjenla en paz. Se quedará dormida como un niño.

—Niña.

—¿Qué?

—Como una niña en todo caso, doc.

El forense soltó un bufido. El teniente añadió:

—Mejor será que se ocupe de su cliente principal, doctor.

Con un gesto, señaló el cadáver hecho un ovillo junto a la puerta de entrada.

Había expertos del Departamento de Homicidios espolvoreando aquí y allá, sacando fotografías, gruñendo a causa del calor.

Ridley se pasó un pañuelo por la frente.

Su ayudante se había quitado la chaqueta. Mostraba la funda con el revólver sujeta a su costado, pero también mostraba una cara sudorosa y sombría.

—¿Qué opina el matasanos? —indagó.

—Todavía nada. ¿Cómo está esa mujer?

—Parece que se encuentra mejor, aunque el médico dijo que sería un estado pasajero, así que habrá que aprovechar el tiempo.

—Claro. ¿Sabes una cosa, sargento?

—¿Qué cosa?

—Este trabajo nuestro da náuseas.

Dejó al sargento Limey parpadeando, asombrado, y entró en el dormitorio.

Melisa estaba tendida en la cama, cubierta sólo por una sábana. Su cara daba la sensación de ser una carátula de yeso, tan blanca y desenchajada se le antojó al policía.

—Espero que se sienta mejor, señorita Doray.

—Creo que podría desmayarme.

El intentó sonreír.

—Por lo menos, espere a que hayamos hablado, ¿eh?

Se sentó sobre el borde del lecho. Aspiró el fresco aroma que flotaba en la habitación. Sintió un escalofrío. Era un aroma sensual, de mujer, de sexo, de sensaciones lúbricas. Se llamó idiota y dijo en voz alta:

—Cuando llegamos, apenas pude entender nada de lo que nos dijo, presa de su ataque de nervios. ¿Cree que puede hablar ahora con más calma?

—Lo intentaré.

—Ese hombre que estaba con usted...

—Johnny... Johnny Conan.

—¿Cómo le conoció?

—En un restaurante. Cenó allí, en una mesa próxima a la mía. No me miró en todo el tiempo.

—¿Cómo dice?

—No me prestó la menor atención. Quiero decir que en otras ocasiones, otros hombres... Bueno, él ni me miró. Luego, al salir, no pude poner en marcha mi auto. El salió detrás de mí y se ofreció para ayudarme. No sé qué hizo, en el motor que el coche arrancó a la primera. Así nos conocimos. El no tenía coche.

—Entiendo. Usted se brindó a llevarlo, ya que la había ayudado.

—Así fue.

Ridley suspiró. Cada vez le gustaba menos todo el asunto.

—¿Adonde dijo que le llevara?

Melisa desvió la mirada.

—No lo dijo. Hablamos mucho, nos detuvimos a beber en un pequeño parador de la carretera... Bueno, vinimos aquí.

El teniente enarcó las cejas.

—Hice algunas averiguaciones respecto a usted —gruñó entre dientes—. Tiene saneados medios de vida, es una mujer acomodada... Quiero decir que... Bueno, no necesita usted ninguna ayuda para vivir, así que si ese individuo vino con usted, debió ser por algún motivo muy concreto.

—Teniente, ¿necesita que se lo explique con todas las letras? El me fascinó desde el principio, es así de sencillo.

—Entiendo. Lamento tener que obligarla a hablar de eso, señorita Doray.

—No importa. Ya no importa. Creo que él estuvo a punto de matarme, dijo que eso era lo que debiera haber hecho si no estuviera haciéndose viejo o algo así. Durante unos segundos me apuntó con aquella extraña pistola. Luego, bajó el brazo y salió.

—En esos días que convivieron ustedes, ¿le habló alguna vez de ese hombre al que mató?

—Nunca. El pobre Willy... era amigo mío. O lo fue hasta hace un tiempo.

—Dijo que se llamaba Willy Bown, ¿eh?

—Eso es, pero Johnny le llamó Bruno en cuanto lo vio.

—Creo que podemos suponer sin la menor duda que él buscó intimar con usted porque, de algún modo, sabía que ese Bruno volvería aquí, a su lado. Ésa parece una operación planeada con mucho cuidado... la operación de un profesional. Quizá averigüemos más cuando sepamos quién era en realidad ese tal

Bruno, o Willy, como le conocía usted.

Una sombra pasó por el pálido rostro de la muchacha.

—Ahora todo empieza a tener sentido —murmuró con voz rota—. La avería en mi coche, que él arregló con tanta facilidad. La cerradura de la puerta, que él rompió de una manera tonta. Hube de cambiarla, y por este motivo Willy no pudo abrirla cuando llegó. Hubo de llamar.

—Un profesional —repitió el teniente, con una mueca de preocupación.

—Yo... yo llegué a pensar que me quería. Las mujeres somos estúpidas a veces, ¿no cree?

El la miró casi con ternura. Sonrió.

—No me lo pregunte —dijo—. Nunca me casé, así que no tengo experiencia. Ahora la dejaré descansar aunque sólo sea para que el matasanos no me arranque la cabellera. Pero habrá de venir a Jefatura para examinar nuestra colección de bellezas. Ya sabe, fotografías de delincuentes. Quizá la de su amigo Conan esté allí, aunque lo dudo mucho.

—Lo haré, teniente... cuando pueda.

Sus ojos empezaban a cerrarse. Ridley se levantó, la miró por última vez, llenándose de su belleza. Era una de esas mujeres por las que un hombre podía perder la cabeza fácilmente.

Abandonó el dormitorio. Los enfermeros esperaban para llevarse el cadáver. El médico cerraba su maletín y los peritos daban por terminado su trabajo.

El forense gruñó:

—Un trabajo limpio, teniente, si es que yo entiendo de eso. El tipo que disparó es un experto endiabladamente bueno. Le metió dos balas casi simultáneas. Las dos en medio del corazón. Le apuesto doble contra sencillo que cuando lo destripe, del corazón no encontraremos más que migajas.

—Me fascina su gráfica manera de hablar, doctor. Se nota que asistió a la Universidad.

—¿Qué quiere, florituras legales?

—Quiero que se largue —dijo Ridley, cansadamente—. Dos balas en el corazón. El fulano quiso asegurarse. Lo que yo dije, un profesional.

—¿Está hablando solo, Ridley?

—¡Largo, doc!

El médico rió entre dientes y desapareció. Tras él, los enfermeros retiraron el cadáver y minutos más tarde hasta los peritos se habían esfumado, llevándose con ellos las huellas «levantadas» en toda la casa.

El sargento gruñó:

—¿Sacó algo en claro de la chica, teniente?

—Seguro. Saqué que tenemos que buscar a un experto que se hace llamar Johnny Conan, aunque si éste es su verdadero nombre soy capaz de comerme el sombrero. Saqué en Claro que la pobre chica se enamoró de él y vivió un hermoso idilio mientras duró, hasta que se vio delante del cañón de la pistola asesina. Lo que no entiendo es la razón por la cual no la mató también. ¡Qué tipo más raro!

—¿Vamos a dejarla en paz después de todo esto?

—Ella no tiene nada que ver con el asesinato, de eso no me cabe la menor duda. De cualquier modo, haremos que revise nuestro archivo. Pero un tipo tan bueno como ése, no creo que conste allí. No me sorprendería que, en su vida normal, fuera un honesto padre de familia, ¿comprendes lo que quiero decir, sargento?

—Seguro. Y si es así, nos va a volver locos.

Salieron al exterior, al brillante sol de California que tostaba la tierra. Un agente de uniforme sudaba bajo la sombra del porche. El teniente se detuvo el tiempo suficiente para darle instrucciones y luego él y el sargento entraron en el coche policíaco y la paz volvió al pequeño y hermoso *bungalow*.

Para sus adentros, el agente de guardia pensaba que le gustaría mucho darse una zambullida en la limpia y brillante piscina.

Volvió a restregarse la cara con un pañuelo y se dispuso amatar el tiempo.

CAPÍTULO III

Johnny Conan condujo despacio por la calle residencial. El coche, un «Mustang» color canela, se deslizó como una alargada sombra, sus ocho cilindros runroneando como un gran gato satisfecho.

Al fin lo detuvo en la esquina, bajo la sombra de un enorme árbol que se desbordaba por encima de la cerca de un jardín.

Johnny se quedó quieto, fumando, dejando trabajar al cerebro a su aire. Éste era un asunto pestilente, podrido, rastrero y sucio, y había que adoptar soluciones pestilentes, podridas, rastreras y sucias.

Se apeó. La ancha calle oscura se abría ante él como un pozo sin fondo. Las residencias estaban separadas de la acera y los frondosos jardines hacían más densas las tinieblas allí donde no alcanzaban las luces de las farolas con lámparas de mercurio.

Caminó sin prisa, como un paseante que hubiera salido a tomar el aire antes de acostarse. La noche era bochornosa, residuo de un día infernal.

En un punto determinado de la acera se detuvo, miró en torno y de un salto se hundió en la espesura de un seto.

Cuando reapareció lo hizo al lado del garaje. Escuchó con todos los sentidos alerta.

Silencio. La gran casa estaba a oscuras.

Un breve forcejeo le permitió entrar en el garaje. Cerró la puerta a sus espaldas y valiéndose de una diminuta linterna eléctrica miró en torno. Había un solo coche, un rutilante «Bentley» negro cuajado de cromados. Un coche que no bajaría de treinta mil dólares.

Tendiéndose en el suelo se deslizó debajo de la carrocería. Dos minutos le bastaron para dejar instalado el diminuto ingenio electrónico, un «sabueso» que le guiaría hasta el mismísimo infierno.

Volvió a salir con las mismas precauciones que al entrar. Poco más tarde estaba sentado de nuevo en el «Mustang».

Hizo girar un pequeñísimo dial incrustado a un lado del radio-teléfono. Bajo el tablier se encendió una lucecita roja y se escuchó un leve zumbido apenas audible. Era suficiente por el momento.

Inclinó el asiento hacia atrás, se tendió buscando una postura más o menos cómoda, y con un suspiro se quedó dormido.

Macilenta, agotada, la muchacha cerró el grueso volumen y sacudió la cabeza.

—No está aquí tampoco.

Ridley le sonrió.

—Hubiera sido demasiada suerte —comentó—. Pero se ha portado usted muy bien, señorita Doray.

—¿Puedo irme a casa?

—Sólo unos minutos más. Acompañeme, por favor.

Ella le siguió hasta un ascensor. Cuando se cerraron las puertas el aparato se hundió velozmente como si emprendiera un viaje al centro de la tierra.

Al salir de la cabina metálica. Melisa contempló una sala de paredes desnudas, frías, inhóspitas. Un agente uniformado les esperaba junto a una puerta.

—Todo está preparado, teniente.

—Gracias.

Entraron en otro aposento. Había una larga mesa en el centro, y sobre ella una veintena de pistolas de diferentes tipos, calibres y modelos.

Ridley las señaló.

—Exámínelas, por favor. Dígame si la que utilizó Conan era parecida a alguna de éstas.

Con un vago temor, la muchacha se acercó a la colección de automáticas. No necesitó más que unos segundos para señalar una potente «Magnum», aunque ésta desprovista de silenciador.

—Ésa —exclamó—. Era como ésa, aunque la de Johnny Conan llevaba silenciador.

—¿Está segura de que era como ésta?

—Absolutamente.

Ridley tomó una caja negra y la abrió. Dentro, sobre un terciopelo rojo, había distintos silenciadores, casi todos los que

podían encontrarse en el mercado clandestino.

—Trate de recordar el que vio, señorita Doray. ¿Era como alguno de éstos?

Ella los miró uno a uno. Sacudió la cabeza.

—No. Aquél era mucho más pequeño.

El teniente arrugó el ceño.

—¿Seguro? Recuerde que dijo usted que no produjo el menor ruido. Ni un suspiro, según sus propias palabras.

—Y es cierto.

—¿A pesar de su pequeñez?

—No hizo ni un asomo de ruido, y era la mitad que ése, más o menos.

Su dedo señalaba uno de mediano tamaño. Ridley apenas podía creerlo.

—Asombroso. Es la primera vez que oigo hablar de un silenciador semejante.

Melisa le miró con gesto cansado.

—¿Falta mucho aún, teniente? Es noche cerrada y quisiera irme a descansar. Estoy destrozada.

El vaciló. Los grandes ojos azules de la muchacha parecían tan profundos como un lago de las montañas, y casi tan fascinantes como sus aguas sin fondo.

—Le agradecería que hiciera un esfuerzo —murmuró como a regañadientes—. Sólo para que no tengamos que llamarla de nuevo mañana.

—¿Qué desea que haga ahora?

—Tenemos un sistema para trazar un retrato robot. No le cansará mucho, y en todo caso interrumpiremos la sesión si usted cree que no puede soportarlo esta noche.

—Está bien, todo lo que deseo es terminar de una vez.

Se trasladaron a otro departamento. Parecía una pequeña sala cinematográfica en la que ellos dos fueran los únicos espectadores.

Tras acomodarse en sendas butacas, Ridley explicó:

—Aparecerá la silueta de una cabeza masculina en la pantalla. Usted irá indicando los detalles que recuerde de su amigo Conan. Ya sabe... orejas, nariz, cejas, boca, color de los ojos, cabello, pómulos... ¿Entiende?

—No parece difícil.

—Nuestro operador irá colocando partes del rostro. Usted deberá rectificar las que no se parezcan al original. ¿Preparada?

—Sí.

La luz se amortiguó. Un trazo negro apareció en la pantalla. Era la silueta de una cabeza.

Ella dijo:

—No. Demasiado redonda. La cara de Johnny era más alargada, con pómulos más acusados.

—Ajá, lo hace muy bien.

En la pantalla se efectuaban los cambios.

Una y otra vez.

Llegó un momento en que Melisa lo veía todo borroso, impreciso.

—El mentón —susurró—. Más prominente.

—¿Así?

—¿Qué?

Ridley la miró con afecto.

—Dejémoslo —dijo, levantándose—. No tengo derecho a exigirle tantos esfuerzos. Vamos, haré que la lleven a casa en uno de nuestros coches.

Ella abandonó el asiento. Entre el velo que nublaba sus ojos vio confusamente el rostro en la pantalla.

Se quedó helada. Era casi el rostro de Johnny Conan y ni siquiera lo había advertido. Algo pareció desgarrarse dentro de ella.

Era su cara. Con ese retrato robot les sería fácil detenerlo.

—No —murmuró—. No es eso, teniente... no se parece en nada a Conan... estoy demasiado agotada para servirle de ayuda.

—Está bien, lo intentaremos otra vez cuando haya descansado. ¿Está segura de que ni siquiera se le parece?

Ella dio otra mirada a aquel rostro.

—Solamente el cabello, quizá... y el contorno de la cara. Pero nada más.

Ridley levantó la cabeza hacia donde estaba el oculto operador.

—¿Oyó eso, Mallet?

—Sí, teniente. Conservaré el pelo y el trazo base de la cara para la próxima sesión.

—Muy bien. Buenas noches, Mallet.

En el ascensor, casi hubo de sostener a la muchacha. Ya en la

acera gruñó:

—He cambiado de idea, señorita Doray. Yo mismo la llevaré a su casa.

—Gracias, teniente.

Manejó el coche velozmente entre el escaso tránsito de la noche. Durante un trecho ninguno habló. Después, Ridley dijo:

—Estuve pensando en usted esta tarde, ¿sabe?

—¿De veras?

—Eso es. Me dije que sería muy agradable que quisiera cenar conmigo cualquier noche.

Ella le miró con asombro.

—¿Habla en serio, o eso forma parte de su trabajo, teniente?

—Nada de trabajo. Ya le digo que fue solo una idea. Olvídelo si la he molestado.

—¿Cómo puede pensar eso? Me halaga... pero no creo que me sienta de humor para cenar con ningún hombre durante un tiempo.

—Entiendo.

—Por favor, no crea que es nada personal, teniente.

—Sé que es sincera. Eso la hace aún más atractiva.

—De todos modos gracias por decírmelo. Lo crea o no, me siento mejor ahora.

El sonrió al mirarla de reojo. El bellísimo perfil de la mujer se le antojó aún más hermoso de lo que había creído.

—Hemos llegado —anunció con disgusto—. La llamaré mañana, para convenir una hora que le permita continuar con nuestro retrato robot.

Ella abrió la portezuela.

—De acuerdo, pero no lo haga antes del mediodía, por favor...

Sonrió. Se apeó del coche y cerró la portezuela. Dio las buenas noches y se internó por el sendero del jardín, hacia el oscuro *bungalow*.

Ridley esperó a verla desaparecer en el interior antes de poner el coche en marcha y alejarse.

Así ya no pudo oír el apagado grito de terror, ni el sonoro golpe de un cuerpo al caer al suelo con violencia.

Pero sí continuó pensando en la hermosa muchacha.

CAPÍTULO IV

Le despertó un súbito zumbido subiendo de diapasón. Parpadeó y, en una fracción de segundo estuvo tenso y alerta. Vio que había amanecido y que el sol empezaba a acariciar las copas de los árboles.

Ajustó un pequeño dial disimulado en el radio-teléfono. Instantáneamente se iluminó un ingenioso oscilómetro semejante a una brújula. Amortiguó un poco el sonido y esperó encendiendo el motor.

El complicado aparato de seguimiento sólo se activaba si alguien ponía el motor del coche donde estaba adosado el «chivato» electrónico.

Un minuto más tarde vio asomar el largo capó del «Bentley» negro. El gran coche giró en la calle y se alejó a creciente velocidad, sin el menor ruido.

Le concedió una gran ventaja antes de apartar el suyo de la acera. La aguja del oscilómetro señalaba fielmente la dirección del «Bentley» aunque estuviera fuera de su vista, aparte del zumbido, más o menos agudo según su proximidad. Condujo a velocidad moderada, vigilando el tránsito y a su fiel guía producto de la más sofisticada electrónica.

A medida que adelantaba la mañana la circulación era más densa. Conductores soñolientos, impacientes, rutinarios, convertían las calles en un río bronco y tumultuoso.

Siempre detrás del «Bentley», a pesar de que no podía verlo, dejó atrás la ciudad enfilando la carretera de Universal City.

Aún quedaban las inmensas naves de lo que fueran estudios cinematográficos. Eran como fantasmas de un pasado esplendor, del que sólo se habían salvado contadas industrias, cuyos dirigentes supieron adaptarse a los nuevos tiempos, y, sobre todo, a las nuevas y gargantes series para la televisión.

Aceleró la velocidad. El zumbido se hizo más agudo al acortar la distancia que le separaba del coche perseguido. Llegó incluso a verlo a lo lejos, encaramándose por un amplio paseo de las colinas al otro lado de las cuales se extendían Hollywood Hills.

Al fin, el «Bentley» torció a la derecha. Era una calle sin salida, en cuyo final se abrían unas verjas de hierro.

Cuando pasó por la entrada de la calle aún pudo ver cómo el coche negro las atravesaba antes de que se cerraran. El siguió adelante hasta un lugar donde estacionar sin que el auto llamara la atención.

Encendió un cigarrillo. Muchos altos estamentos políticos y financieros de la nación darían una fortuna por saber lo que él acababa de averiguar: el lugar a donde el ocupante del «Bentley» se había dirigido esta mañana justamente y no cualquier otra.

Apuró todo el cigarrillo antes de tomar una determinación. Entonces sonó el teléfono con su ronca llamada.

Lo descolgó de un manotazo.

—¡Hable!

—¿Johnny?

Era la misma voz metálica y desprovista de toda humanidad que tan bien conocía.

—Hable —repitió.

—Le prevengo que debe poner exquisito cuidado en no cometer ninguna infracción de tráfico o cosa así. La policía tiene su nombre, y esa fulana estuvo dictándoles su retrato robot.

—Ya contaba con que lo haría. No es nada que me preocupe. ¿Es todo?

—¡Aguarde!

—No dispongo de mucho tiempo, señor.

—He de volver a insistir respecto a que abandone usted el asunto, Johnny. Las cosas están poniéndose muy calientes para usted, y de rebote para nuestro grupo.

—Lo pensaré.

—Yo ya lo he pensado.

—Usted piensa demasiado, señor. ¿Ha terminado? Tengo a Westford en la ratonera.

Sonó algo semejante a una explosión. La voz ladró:

—¡Repita eso!

—¿Para qué? Usted me oyó la primera vez, así que todo lo demás es perder el tiempo. Está reunido ahora con alguien aún más grande que él, a juzgar por el sitio donde vive.

—¡Espere un minuto! No haga nada, tenga quietas las manos, Johnny, hasta que yo haya consultado esta faceta del caso.

—No hay nada que consultar si las cosas son como me las expuso a mí. ¿O se calló la mitad, como de costumbre?

—Nada. Esta vez nada, le doy mi palabra. Pero temo que la cosa esté adquiriendo unas dimensiones insospechadas.

—No me dice nada con toda su jerga cabalística. Éste es un trabajo como otro cualquiera para mí, ¿recuerda? Usted lo dejó bien claro... un trabajo para una bestia rabiosa como yo. El último. Después de eso, me retiro. O me entierran. Eso también lo dijo usted.

—¡Oiga, maldito sea...!

Johnny colgó el auricular, y para mayor libertad de movimientos desconectó todo el aparato.

Luego se apeó y echó a andar cansinamente hacia la calle sin salida. La dejó atrás y bordeó la alta cerca de ladrillo, que se prolongaba casi un cuarto de milla.

A su derecha se extendían unos lotes de terreno sin edificar, poblados de escuálidos matorrales y algún que otro árbol. No había un ser viviente en todo lo que alcanzaba la vista.

Tras calzarse unos guantes se encaramó por el muro de ladrillo. Estaba coronado de agudas puntas de hierro de casi un pie de largo. Se aferró a ellas y examinó la pared por su cara interior.

A mitad de ella corría un delgado cable negro. Hizo una mueca y decidiéndose saltó impulsándose lejos del cable de alarma.

Flexionó suavemente las piernas cuando sus pies se hundieron en el mullido césped. Agazapado, adelantó con pasos cautelosos.

Gracias a esa experimentada cautela pudo eludir otra trampa oculta en el suelo, entre la hierba y los arriates de flores. Si hubiera pisado ese otro cable toda la casa se habría alborotado sin la menor duda.

Zumbaban las abejas entre los estallidos de color de las flores. Arriba, en los árboles, la algarabía de los pájaros era capaz de ocultar cualquier ruido que hiciera, a menos de tocar una campana.

Sólo que no ocultaron el sordo gruñido que se alzó de pronto, a

su izquierda. Sobresaltado, Johnny giró sobre los pies. Sintió erizársele el pelo al descubrir al gigantesco perro dogo que le miraba con sus ojos rojizos y salvajes.

El perrazo afianzó las patas en el suelo. Volvió a gruñir al dejar al descubierto sus largos colmillos, blancos y brillantes como puñales, resaltando contra el hermoso color negro azulado de su pelaje.

Nunca antes había visto un perro tan gigantesco. En otras circunstancias incluso hubiera podido admirar la salvaje belleza del hermoso ejemplar.

Ahora, no. Ahora, el animal se disponía a saltarle encima, y ningún hombre saldría con vida en un combate con semejante fiera, cuyo peso no bajaría de ochenta kilos.

Lástima, pensó Johnny hundiendo la mano en el costado.

El perrazo ni siquiera había emitido un solo ladrido. Estaba adiestrado para matar, no para alborotar.

El dogo distendió sus gruesas patas y salió disparado, igual que lanzado por una catapulta.

Johnny levantó la pistola justo cuando el dogo estaba en el aire. Disparó una sola vez y la bala abrió un agujero entre los ojos del perro.

A pesar de su certero disparo, el animal le cayó encima llevado por el impulso del salto. El impacto del pesado cuerpo le arrojó de espaldas dando tumbos, dolorido.

El dogo quedó inmóvil, desangrándose sobre el césped.

Johnny estuvo mirándolo con los nervios tensos. No quiso ni pensar en que pudo fallar el tiro. Una sola dentellada de aquellas enormes fauces hubiera sido suficiente para decapitarle.

A juzgar por la tensa expresión de su cara, lamentaba más la muerte del hermoso dogo que la del hombre llamado Bruno.

CAPÍTULO V

Melisa abrió los ojos y en el primer instante se sintió aturdida, como después de un inquieto y pesado sueño.

Miró en torno. Recordó y, con un grito, intentó levantarse.

Así descubrió que estaba atada de manos y pies, tendida sobre una alfombra sucia y deshilachada. Una tira de tela adhesiva le cerraba la boca y su grito apenas si fue más que un quejido sordo.

Una voz comentó:

—Te atizaron fuerte, ¿eh?

Ladeó la cabeza. Primero vio unos pies grandes, unos zapatos polvorientos. Pertenecían a un hombre corpulento, de cara grasienta que la devoraba con sus ojos porcinos.

—¿No soy tu tipo, preciosa? —Rió el desconocido, levantándose de la silla—. Estuve haciendo planes respecto a ti, paloma. Para cuando acaben los otros quiero decir.

Abrió una puerta y dio un grito. Dos individuos más entraron en la destartalada habitación. Esos dos eran delgados, fibrosos, y a juzgar por su aspecto debían albergar los mismos sentimientos humanitarios que un caimán.

Uno se inclinó sobre la muchacha. De un brusco tirón le arrancó la mordaza. Melisa creyó que le arrancaba la piel de la cara al mismo tiempo y chilló de dolor.

Él le descargó una sonora bofetada.

—Nada de gritos —advirtió—. Sólo habla cuando te pregunte y quizá salves el pellejo. Pero si gritas te cortaré la lengua... sólo para empezar.

Ella le miraba horrorizada. Para que supiera que no era una baladronada, el tipo sacó un cuchillo de resorte y con una ligera presión del dedo pulgar hizo saltar la afilada hoja fuera de la empuñadura.

—¿Comprendes lo que te digo?

—S... sí.

—Eso está bien. ¿Quién mató a Bruno?

—¿Bruno?

—William Bown.

—El... Johnny.

—¿Quién? —Johnny Conan. Estaba conmigo...

—Y tú tendiste la trampa a Bruno. El muy idiota se había colado por ti.

—¡Oh, no! Yo no...

De nuevo, él la abofeteó. El dolor y el pánico casi hicieron que Melisa perdiera el conocimiento.

—¡Tú le tendiste la trampa! —repitió el forajido con la misma voz chirriante—. Hiciste que acudiera a tu casa, para que ese Johnny Conan pudiera matarlo.

—¡No! ¿Es que no lo comprende? Yo no sabía de Willy desde hacía meses. Ni se me ocurrió que pudiera volver a verme.

—Voy a tener que hacerte daño.

Ella sacudió la cabeza, desesperada.

—¡Le juro que es cierto!

—¿Quién es Johnny Conan?

—No lo sé... nunca supe nada de él. Es lo mismo que declaré a la policía... no pude decirles lo que ignoraba.

—Nosotros no somos tan crédulos como los pies planos. ¿Quién era? Estuvo contigo varios días, según mis noticias.

—Pero no me habló de él.

El hombre se irguió, fastidiado.

El gordo dijo, esperanzado:

—Déjamela un rato, Mike. Verás cómo la dejo más suave que un guante.

—¡Cierra la boca! No quiero que se muera antes de tiempo.

Se encaró una vez más con la muchacha. Jugueteaba con el cuchillo, como con descuido. De pronto, adelantó la mano y deslizó la afilada hoja de arriba abajo. Melisa sintió el frío contacto de modo fugaz, cuando el acero desgarró limpiamente su blusa, partiéndola por la mitad.

Al gordo se le saltaban los ojos.

El del cuchillo rió entre dientes.

—Eres toda una mujer, y me quedo corto.

Con otro suave tajo cortó la cinta de los sujetadores. Éstos y los pedazos de blusa cayeron a un lado, dejando al descubierto los afilados pezones, las coronas rosadas de unos pechos duros y estremecidos.

El gordo rugió de entusiasmo.

El hombre que hasta entonces permaneciera silencioso gruñó:

—Deja de jugar y acabemos. Enséñale las fotografías, necesitamos saber a qué atenernos.

—¿No ves cómo tiembla? Tiene un cuerpo increíble.

Volvió a bajar el cuchillo. Melisa sintió la presión en el vientre, y luego deslizándose hacia abajo. Quizá el tipo lo hizo a propósito, o tal vez fue accidental, pero la afilada hoja cortó la piel en mitad de su recorrido, apenas una pulgada antes de alcanzar el inicio de la filigrana de encajes que había debajo del desgarrado pantalón.

Era tanto el terror de la muchacha que ni siquiera gritó cuando aquella suerte de llama quemó su piel.

El hombre llamado Mike enarcó las cejas.

—Bueno, no te alborotes, es sólo un ligero rasguño. Pero si me tiembla el pulso ahora vas a tener problemas en el futuro.

La hoja de acero se introdujo debajo del suave elástico de la diminuta braga. La cortó también y echándose atrás se quedó mirando el cuerpo desnudo igual que fascinado.

—¡Maldita sea, Kling! ¿No es un buen pedazo de carne?

El gordo casi daba saltos.

El otro lanzó un gruñido. No parecía impresionado por el espléndido cuerpo tendido a sus pies, ni por la fina línea de sangre que el cuchillo abriera en su recorrido.

—Escucha, zorra —barbotó—. La muerte de Bruno no nos preocupa demasiado. Son gajes del oficio y ayer le tocó a él, así que buen viaje. Pero hay algo que sí nos preocupa, y mucho. A ver si lo entiendes, ¿estamos?

—¡Pero si no sé nada más que el nombre de Johnny!

—Ese Johnny debe trabajar para alguien, o para alguna de las organizaciones secretas del Gobierno. O le pagan como profesional. Eso es lo que nos interesa, saber para quién trabaja y así sabremos quién interviene en el juego, quién está frente a nosotros.

—Se lo diría si lo supiera. ¿No entienden?

—Veremos. Dame las fotos, Mike.

El del cuchillo obedeció esta vez. El otro aún explicó:

—Con toda seguridad, ese nombre de Johnny Conan es tan falso como el demonio. Pero si ves su cara supongo que le reconocerás. ¿O no?

—Sí... supongo que sí...

—¿Crees que somos idiotas? Te acostaste con él, no nos salgas ahora con que ni siquiera recuerdas su jeta. ¿Es éste?

Le colocó una fotografía delante de los ojos. Correspondía a un hombre de cuello grueso y cara redonda, de aspecto fuerte.

—No... nunca vi a éste.

Otra fotografía ocupó el lugar de la primera.

—¿Éste?

—Tampoco.

—Tómate tiempo, nena. Fíjate en ese otro. Es un fulano guapo, ¿eh? De los que gustan a las mujeres. ¿Ése fue quien te dijo que se llamaba Conan?

—No... tampoco fue éste.

El hombre llamado Kling suspiró. Comenzaba a impacientarse.

—Bueno, veamos esta otra foto —gruñó.

Ante sus ojos, Melisa vio la sombría cara de Johnny Conan, como si la mirara con aquellos ojos sin expresión que tanto la habían impresionado. Dio un respingo y se quedó unos instantes sin aliento.

No fue preciso que hablara. Kling se irguió, y no parecía satisfecho en absoluto.

—¡Éste! —dijo—. ¡Nada menos éste!

Mike quiso asegurarse y atrapando a Melisa por los cabellos la obligó a girar la cara hacia él.

—¿Es cierto, paloma, ése es tu Johnny Conan?

—Sí...

La soltó. Su cara quedó blanca.

—¿Cómo diablos se han metido en esto? —masculló.

—Maldito si lo sé. Pero esta zorra no miente, ella misma se ha delatado al reconocerlo.

El gordo graznó, excitado:

—¿Puedo ocuparme de ella si habéis terminado?

Kling le apartó de un manotazo.

—No tengas prisa. Las cosas se han complicado y no sabemos si

esta fulana podrá servirnos.

—Bueno, no le retorceré el cuello ni nada de eso. Sólo me divertiré un poco, ¿eh?

—Si la tocas siquiera antes de que yo te autorice, *Cross*, te cortaré el cuello. Y si el verla desnuda te pone enfermo vete a la ducha y refréscate. ¿Has entendido bien esto?

El gordo asintió. Tragó saliva con dificultad. Kling aún añadió:

—Quiero consultar la situación antes de decidir, no vayamos a estropear algo grande. Ocupate solamente de vigilarla para que no escape, pero por lo demás confórmate con mirarla de momento.

Mike cacareó:

—Deberías darte por satisfecho. En toda tu vida has visto un cuerpo como éste, ¿eh, *Cross*?

Le dejaron solo, con la muchacha tendida en el suelo, estremecida de terror, y de asco ante la sucia mirada del gordo.

Éste acercó la silla para poder verla de más cerca.

Melisa sintió tentaciones de ponerse a chillar.

El gordo empezó a sudar.

—Si fueras amable conmigo podría colocarte en un sitio más cómodo. ¿Eh, qué me dices?

Sólo imaginar que aquella bola de sebo pudiera tocarla con sus manos grasientas le provocó náuseas. Desvió la mirada y apretó los labios.

El insistió:

—¿A ti qué más te da? Lo más difícil es desnudarse delante de un hombre, ¿no es cierto? Bueno, tú ya estás desnuda. Lo demás puede ser bueno o malo, según decidas.

Melisa siguió callada, sin mirarle.

El gordo se inclinó sobre ella poco a poco.

—Un hombre es igual a otro —dijo—. Hasta quizá yo sea mejor que otros para eso.

Ella intentó arrastrarse para huir de su proximidad. Con voz aguda gritó:

—¡Le diré a ese Kling que me ha tocado... que quiso violarme... él dijo que le mataría...!

El gordo chascó la lengua, disgustado. Pero conocía bien a Kling, así que echándose atrás volvió a sentarse en la silla y encendió un cigarro con dedos que temblaban de impaciente excitación.

Entre las nubes de pestilente humo, hubo de conformarse con la visión turbadora del hermoso cuerpo tendido sobre la sucia alfombra. Menos da una piedra.

CAPÍTULO VI

Llegó a la pared de la casa. Trató de ver a través de una ventana, pero había una cortina que se lo impidió.

Se volvió a tiempo de ver abrirse la puerta. Un hombre apareció bajo el umbral. El hombre avanzó un paso. Llevaba una «Stein» en las manos y se quedó parado en el porche mirando hacia las sombras del jardín.

Desde dentro, otro hombre exclamó:

—¿Qué diablos te pasa? No ha sonado la alarma que yo sepa.

—El perro —dijo el de la metralleta—. Nunca se aleja de la puerta a menos de que algo le inquiete.

—Llámalo, no puede andar muy lejos.

—¡«Foch»! ¿Dónde diablos te has metido? ¡«Foch»!

La silueta de otro individuo se recortó en el umbral. Éste llevaba una pistola en la mano y parecía haberse contagiado de la incertidumbre de su compañero.

—¡«Foch», maldita sea tu alma! —bramó al primero.

El otro refunfuñó:

—Será mejor que demos un vistazo. Ese maldito animal nos va a dar más trabajo que la propia vigilancia. ¡Perros! Malditos sean todos ellos.

—Yo iré por la derecha. Nos encontraremos junto al pabellón del garaje.

El de la metralleta echó a andar hacia donde estaba Johnny, agazapado como una fiera pronta a saltar.

Se descubrieron uno al otro casi al mismo tiempo. La pistola de Johnny no hizo ningún ruido cuando disparó. El otro empezó a gritar algo, hasta que la bala quebró su voz definitivamente.

El otro se detuvo en seco, en algún lugar que Johnny no podía ver.

—¿Qué pasa ahí? —graznó.

El golpe del cuerpo al caer sonó ruidosamente. El otro se movió con cautela. Johnny pasó por encima del cadáver, tanteando en busca de la «Stein».

Antes de que pudiera encontrarla el otro disparó. Johnny oyó el zumbido de la bala al rebotar en la pared, y el estruendo pareció un cañonazo en el silencio.

Se irguió rechinando los dientes. Movié la mano armada en círculo, esperando.

Hubo otro disparo y un golpe atroz le arrancó la «Magnum», dejándole la mano entumecida. Un disparo de suerte, pensó con resignación.

Se alejó pegado a la pared, corriendo como un gamo en busca de la esquina protectora. Retumbó otro disparo aún, y la bala silbó junto a su oreja.

Dobló la esquina. En la casa sonaban voces y se abrían ventanas aquí y allá. Ignoraba cuántos vigilantes había y de momento no tenía interés en averiguarlo.

Alguien gritó:

—¡Registrad el jardín!

Johnny buscó en sus bolsillos hasta encontrar un pequeño cilindro de metal. Sus dedos expertos lo tantearon con exquisito cuidado hasta localizar el diminuto pulsador. Lo apretó a fondo y arrojó el cilindro lejos de sí, hacia los macizos de arbustos recortados.

Esperó pegado a la pared. De repente se alzó un relámpago de fuego, un sordo bufido como el soplo de un volcán. Una enorme llamarada rugió incendiando los arbustos y cuanto encontraba en su voraz expansión.

De nuevo, se deslizó de espaldas a la pared. Sonaron dos disparos, pero ninguna bala le buscó. Los gritos resonaban más allá de la esquina, ahora llenos de alarma ante el incendio.

Johnny pasó delante de una ventana. Creyó oír un siseo en ella y volviéndose se dispuso a emplear otras artes de lucha.

Entonces se quedó rígido, helado, cuando una voz femenina susurró:

—¡Entre, aprisa!

Ni siquiera lo pensó. Dio un brinco y saltó dentro del cuarto sumido en penumbra.

La mujer habló de nuevo:

—No haga ruido. Aquí está a salvo.

—¿Por qué se arriesga por mí?

—No es por usted en concreto. Es para fastidiar al maldito degenerado.

El resplandor de la llamas brilló en los cristales de la ventana abierta. El trató de taladrar la oscuridad, pero no consiguió ver nada de aquella mujer.

—Usted ha asaltado la casa —dijo ella de pronto, con su voz profunda—. Eso le convierte en héroe para mí. ¿Qué hizo usted con los guardianes?

—Uno está muerto, creo.

—¿Y el otro?

—Sigue buscándome. ¿No había más que esos dos?

—Ellos, y el odioso perro. Me da escalofríos cada vez que me lo encuentro delante, mirándome con sus ojos de asesino. Sólo obedece a Basil. Todos los demás somos basura para él.

—Bueno, también tuve que matarlo.

—Ésa es una gran noticia. Venga Aquí.

El avanzó en las sombras, casi desbordado por la sorprendente situación.

Unas manos suaves, cálidas, tantearon hasta tropezar con sus brazos. Los apretó, como asegurándose de su contorno, de su fuerza. Luego subieron hasta apretarse contra ambos lados de su cara.

—¿Es usted joven? —musitó.

—Depende del punto de vista de cada cual. ¿Y usted?

—Veinticinco años.

Las manos tiraban de su cara, acercándole a ella.

—Entonces, yo podría ser su abuelo. Tengo diez años más que usted.

—Venga aquí, acérquese...

Johnny advirtió la proximidad de la cara de ella porque su aliento le quemó la boca. Un instante después, eran unos labios como brasas los que trataban de quemarle.

La dejó hacer su parte pasivamente. Todo aquello desbordaba sus cálculos.

Sintió la lengua de la muchacha como un estilete que quisiera abrirse paso hasta sus entrañas. Fue demasiado. Toda la pasividad

se fue al traste y cerró los brazos en torno a un cuerpo duro, terso, tibio, lleno de curvas.

A menos que sus manos hubieran perdido el sentido del tacto, aquél era un cuerpo desnudo.

El beso le robaba el aliento. Aprovechó para explorar la veracidad de su primera impresión. Era cieno; ella no llevaba encima más que el pelo.

Las voces, en el jardín en llamas, se aproximaban a la ventana. Una de ellas gritó:

—¡Helen! ¿Estás bien?

Con un suspiro, ella apartó los labios de aquella boca dura y posesiva.

—¡Sí! —respondió—. ¿Qué estáis haciendo con ese escándalo?

—¡Hay un asaltante en alguna parte! ¡Enciértrate en tu cuarto y no abras a nadie!

—¡Ya puedes jurar que lo haré!

Las voces y el tumulto se alejaron. Ella rió en silencio.

El mismo me ha dado la orden de encerrarme, así que vamos a obedecer. Nadie puede ignorar una orden del gran sapo.

Se desprendió de Johnny y cerró la ventana. Luego corrió las cortinas y después sus pies se deslizaron, silenciosos, hacia la pared opuesta. Johnny oyó girar una llave en la cerradura, y a continuación el chasquido de un pasador de seguridad.

—Ya está —runroneó la voz.

—¿Y si encendieras una luz para que pudiéramos conocernos?

—No quiero verte, sólo sentirte. Por si después me llevo una desilusión, ¿comprendes? Deja que sólo te imagine guiándome por el tacto.

—Pues tienes mucho dónde tantear. ¿A quién pertenece esta choza, si no es ningún secreto?

—A Basil Cavano.

—Yo oí ese nombre en alguna parte.

—Las revistas de chismes se disputan el privilegio de hablar con él. Nunca dicen la verdad, claro, porque habrían de contar sus desviaciones sexuales, su impotencia, sus aberraciones.

—Ya veo.

—Tú no tendrás también ideas raras sobre el sexo.

—Depende de lo que tú llares raras. Tengo ideas tan sólo, por

ejemplo, echarte en la alfombra para empezar.

—A él nunca se le ocurriría eso. En todo caso, pensaría en tirarme sobre una alfombra de afilados clavos.

—De modo que es un tipo de éstos, ¿eh?

—Un cerdo frustrado, masoquista y medio chiflado. Nada que se haga con él es limpio.

Se pegó contra Johnny, oscilando lascivamente. Una vez más él saboreó su boca, mientras sus manos se perdían en un loco *ballet* sobre la piel desnuda.

A juzgar por lo que iba descubriendo, el cuerpo de la muchacha era todo un muestrario de rotundas curvas. Mientras más allá de aquella habitación los hombres le buscaban para matarle, era casi una ironía del destino que él salvara el pellejo gracias a una mujer ansiosa de goces sexuales, quizá para librarse así de sus desagradables experiencias con el propietario de la regia mansión.

Sin despegarse de él ni media pulgada, la muchacha obligó a Johnny a seguirla, hasta que se dobló hacia atrás dejándose caer de espaldas sobre la cama.

—Oh, querido, querido... tú eres un hombre de verdad.

—Eso imagino. Puedo aportar algunas pruebas en caso de dudas.

—¡Y qué pruebas!

—Estamos hablando demasiado.

Ella le hizo caso. Ya no volvió a oírse una palabra en mucho tiempo.

El alboroto del jardín iba apagándose poco a poco.

CAPÍTULO VII

El teniente levantó la cabeza y gruñó:

—¿Qué pasa, Mallet?

El experto que manejara la cámara y los elementos del retrato robot cerró la puerta y fue a sentarse en una silla, delante del teniente.

—Verá, teniente, se trata de esa mujer de anoche.

—¿Y...?

—Cuando usted se la llevó, estuve pensando sobre lo sucedido. Me pareció muy raro que no se diera cuenta de que el retrato que habíamos logrado no se parecía al original hasta que estuvo casi terminado. Durante todo el tiempo, ella estuvo indicando las rectificaciones, y dejó la mayoría de ellas por buenas antes de pasar a las siguientes.

Ridley arrugó el ceño.

—Ya entiendo...

—Se me ocurrió que, en un principio, ella estuvo dispuesta a colaborar con usted, pero que luego, al ver la cara de su amigo, cambió de idea y nos dijo que no se parecía en nada a él. ¿Qué opina usted? A mí me pareció una buena explicación para su comportamiento.

—Posiblemente tenga usted razón, Mallet. No pensé en eso ahora, pero esa chica se enamoró del maldito matarife. Convivió con él durante cuatro días. Sí, es muy posible que se echara atrás antes de contribuir a que le echásemos el guante.

—Por si las moscas, guardé la foto tal como estaba al terminar la sesión.

—Magnifico. Haga copias y veremos qué se puede sacar en claro.

Satisfecho, el perito salió del despacho apresuradamente.

Tras unos minutos de reflexión, el teniente abandonó su

despacho, dio algunas instrucciones a los detectives de servicio, y tras pedir su coche emprendió el camino del *bungalow* de Melisa Doray.

El sol arrancaba reflejos de esmeralda en el césped regado por un sistema automático de aspersión. Todo el jardín era un chispeante cuadro multicolor, tranquilo y bucólico.

Ridley avanzó por él. Empezó a preocuparse al no ver ningún movimiento en el porche ni en la casa.

Llamó a la puerta y luego probó el tirador. La puerta se abrió sin dificultad. Entró conteniendo el aliento y al fin gritó:

—¿Señorita Doray?

No hubo respuesta. Llamó otra vez y luego se internó en la vivienda.

En una salita confortable vio una lámpara derribada, y una mesita ratona patas arriba. Una botella se había hecho añicos contra el suelo y un revistero, tumbado, había desparramado su contenido alrededor.

Al pie de una butaca descubrió un bolso tirado. Era el mismo que Melisa Doray llevara cuando la acompañó en el coche.

Muy preocupado, el teniente registró apresuradamente toda la casa sin descubrir ningún otro signo de violencia. No había nada desordenado ni fuera de lugar, excepto en aquella sala.

Descolgó el teléfono y llamó a jefatura. Un par de minutos le aclararon que nadie había dado orden de suspender la vigilancia, aunque sí alargar los turnos por falta de personal.

Salió al jardín, más inquieto que nunca.

Flotando en las aguas de la piscina, se mecía el cadáver del policía que custodiara el *bungalow*. Rechinando los dientes, Ridley se acuclilló al borde de la piscina y trató de examinar el cuerpo sin tocarlo. Vio que tenía un enorme desgarrón en la espalda. Una cuchillada. El agua había limpiado la sangre de todos modos y el agujero aparecía nítido. En contraste, la sangre, diluida, formaba una neblina rosada que enturbiaba el agua más o menos a media profundidad.

Se irguió. No había contado que pudiera suceder eso. Enfurecido contra sí mismo entró de nuevo en la casa, descolgó el teléfono y se puso en contacto con el sargento Limey.

Sus hombres llegaron apenas diez minutos más tarde y pusieron

manos a la obra sin necesitar instrucciones de ninguna clase.

Mientras ellos trabajaban, Limey encendió un cigarrillo y dijo de pronto:

—Su nombre completo era Bruno Logan, teniente.

—¿Qué?

—El fiambre. Se llamaba Bruno Logan. Nadie sabe de qué vivía actualmente, pero hace unos años fue procesado por asalto. Dejado libre por falta de pruebas, no volvió a saberse nada de él hasta ahora.

—Pues andaría metido en algo gordo, para que un profesional como ese Conan decidiera ocuparse de él. Habrá que seguir escarbando.

—Ya están haciéndolo. ¿Cree que ha sido Conan quien ha matado al agente?

—No.

—Parece muy seguro.

—Tú también lo estarías si te acostumbrases a pensar un poco. Conan dispone de un silenciador fuera de serie. El habría matado al pobre muchacho de un tiro. Y en lo que concierne a la chica, no tenía necesidad de raptarla. Melisa le hubiera seguido sin resistencia, creo yo. Y si lo que deseaba era eliminarla... Bueno, a estas horas estaría despatarrada en la sala, con un par de balas de «Magnum» en el cuerpo.

—Entonces, ¿qué, quiénes lo hicieron?

—Respóndeme a esta pregunta y te propondré para el ascenso, sargento.

—Ya, claro.

Ridley encendió un cigarrillo al quedar solo en el porche. Notaba una sorprendente inquietud a causa de la desaparición de Melisa. Una zozobra que no tenía nada que ver con sus emociones profesionales.

La cosa no le gustó.

Johnny se abrochó la camisa y a la tamizada luz que entraba por las cerradas cortinas miró a la muchacha tendida en la cama.

Era todo un espectáculo, desnuda, morena de sol, los labios ávidos entreabiertos, y aquellos ojos insaciables fijos en él.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Runroneó ella.

—No te gustaría saberlo.

—Quizá sí, si se trata de hacer pedacitos a mi amado Basil...

—¿De qué vive ese amado Basil?

—Nunca lo supe. El dice que es un afortunado especulador.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Y yo qué sé?

—¿Conoces a Roland Westford?

—Tiene algún negocio con Basil. Pero no sé nada de él. Cuando se reúnen para hablar de negocios, me echan a puntapiés.

—Tu vida, aquí, debe ser muy divertida.

Ella enseñó los dientes en una mueca. Seguía todos los movimientos de él, con su mirada ansiosa.

—Mucho —rechinó entre dientes—. Tanto, que quisiera ver a Basil colgado sobre un hormiguero de hormigas rojas.

—Nadie te obliga a seguir con él, si tanto le detestas, digo yo.

—No conoces al pequeño bastardo. Lo que él compra le pertenece por los siglos de los siglos. Y a mí me compró cuando yo estaba metida en un endiablado lío... Me sacó del apuro, así que le pertenezco en cuerpo y alma. Sobre todo, en cuerpo.

—Ya veo.

Johnny se ajustó el arnés vacío que sostenía la funda de la pistola perdida. Luego, se enfundó la chaqueta y, acercándose a la ventana, apartó las cortinas lo justo para atisbar el jardín.

Todo estaba tranquilo y desierto, allá fuera.

Desde la cama, ella runroneó:

—Están registrando la casa, querido.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los ruidos que se oyeron hace un rato. Ahora deben concentrar sus esfuerzos en la otra ala del edificio.

Volviéndose, se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—Si a tu Basil le sucede algo desagradable —dijo como al desgaire—, ¿de qué vas a vivir?

—Oh, bueno, tengo algún dinero ahorrado. Y puedo volver a mi profesión. Yo era modelo antes de que se me complicaran las cosas.

—Me parece que puedes empezar a ocuparte de encontrar empleo.

Fue hacia la puerta, y escuchó a través de la madera. No oyó nada. La casa estaba extrañamente silenciosa.

Ella dijo:

—No creo que tarden en empezar a registrar este lado del caserón. ¿Qué harás entonces, matarlos, o saltar por la ventana?

—A ti no parece que te altere mucho que se ande matando gente a tu alrededor.

—Si se trata de «ésa» clase de gente, no.

Johnny la miró de soslayo. En cierto modo, esa mujer le desconcertaba. Se desentendió de ella, y abrió la puerta. Vio un amplio pasillo y muchas puertas, y más allá, el inicio de unas escaleras.

Las paredes estaban cubiertas por un rico artesonado de madera. Había grandes cuadros en las paredes, y profusiones de muebles y objetos de arte, incluso en un simple pasillo.

Volvió a cerrar, y miró a la muchacha.

—¿Cuánto tiempo tardarás en salir corriendo de aquí?

—¿Contigo?

—Sola. Yo tengo un trabajo que hacer.

—Entonces, sólo el tiempo de vestirme. No quiero llevarme ni el polvo de esta choza.

De nuevo la observó con curiosidad. Esa chica no encajaba en ninguno de sus casilleros de clasificación.

—Muy bien —gruñó—. Vístete.

Verla hacerlo fue todo un sofisticado espectáculo, en parte porque ella hizo cuánto estuvo en su mano para hacerlo más excitante que una representación de *strip-tease*, aunque al revés.

Luego, se plantó ante él.

—¿Sabes una cosa? Me gustaría volver a verte —dijo.

—Olvídalo. Tú y yo ni siquiera nos hemos conocido.

—Podríamos...

—No. Estoy haciendo muchas tonterías últimamente, pero ésta sería demasiado. ¿Estás lista?

—No necesito empolverarme la nariz. Sólo salir corriendo.

Johnny inclinó la cabeza, y le estrujó la boca en un rápido beso.

—Adiós —dijo—. No hagas ruido al salir de la casa, pero sí al pasar la verja.

Ella asintió. Le miró durante unos instantes y, al fin, con una extraña mueca, desapareció.

El cerró la puerta, y se quedó esperando. Tal vez transcurrieron cinco minutos, sin que nada turbara el silencio. Después, sordo y

persistente, un zumbador empezó a escandalizar. Era la alarma.

Abrió la puerta unas pulgadas y, retrocediendo, fue a agazaparse al otro lado de la cama.

Primero se oyeron voces airadas. Luego, los pasos de varios hombres que corrían como gamos, y al fin, pudo entender a uno que gritaba:

—¡Es la alarma de la verja, alguien ha abierto el portón!

—¡Helen! —rugió una voz aguda.

Les oyó subir las escaleras a saltos. Unos instantes después, la puerta acabó de abrirse de golpe, y tres hombres aparecieron en el umbral. Los tres llevaban pistolas empuñadas, y miraron la gran estancia sumida en penumbra, como si esperaran ver fantasmas en ella.

El más bajo de los tres, con su voz aguda, graznó:

—¡Sólo esa maldita zorra pudo abrirla, porque un asaltante no sabría cómo hacerlo!

—Entonces, es que el tipo la ha utilizado a ella para escapar —comentó otro.

—Seguro... Ojalá esa estúpida tenga el sentido común suficiente para llamarnos cuando la suelte... Vamos abajo.

Se fueron, y Johnny salió de su escondrijo, silencioso como un gato.

Les oyó bajar las escaleras, y esperó hasta que volvió a reinar el silencio. Entonces salió al pasillo, sacó de un bolsillo un cilindro diminuto, no mayor que un cartucho de pistola y, tras manipular en un extremo, lo dejó en el suelo, adosado a uno de los plafones de madera.

Tras esto, descendió las escaleras apresuradamente. Oyó las voces de los hombres procedentes de una estancia cuyas puertas estaban abiertas. La voz aguda ordenó:

—Sal fuera, y cierra la verja, Jordan. Y quédate allí vigilando hasta que te llame.

El tal Jordan apareció dirigiéndose a una puerta sólida y cerrada. Johnny le dejó llegar a ella. Le permitió que la abriera.

Entonces saltó, y el mazazo en la nuca del forajido sonó como el crujido de un palo que se rompe. El guardián se derrumbó, sin un quejido.

Johnny asomó la cabeza por la puerta. Estaban en una fachada

de la casa correspondiente a un jardín rústico, en declive, que no era aquel que ya conociera al irrumpir en la propiedad. Éste quedaba a un nivel más bajo, lo cual explicaba también el complicado diseño interior de la casa.

Tuvo el tiempo justo de volver atrás y entonces, allá arriba, se elevó un rugido, y el llameante resplandor del estallido incendiario se esparció por el hueco de la escalera y el gran vestíbulo.

Se dejó caer detrás de una butaca, justo cuando los otros dos hombres aparecieron, despavoridos. Las llamas rugían sobre sus cabezas, y aparecían en la cima de las escaleras, lamiendo la madera.

Westford, el hombre al que siguiera hasta la casa, chilló.

—¡Va a arder todo como una tea, Basil!

—¡Cállate!

—¡Hay que salir de aquí!

—¡Mira, idiota!

Señalaba el cuerpo del guardián. Westford lo miró, sin comprender. Basil Cavano rugió:

—¡Aún está aquí! ¿Es que no te das cuenta, estúpido?

—¡Otra razón para escapar, antes que sea demasiado tarde!

—Maldito si comprendo cómo me asocié contigo... eres como las ratas, Westford.

—¡Quédate, si quieres morir abrasado!

Westford echó a correr hacia la puerta, aún con la pistola en la mano. Rechinando los dientes, su socio levantó su propia arma y disparó una vez.

La bala hizo que el fugitivo diera un salto en el aire para estrellarse, al caer, contra la butaca tras la cual estaba oculto Johnny Conan.

La pistola de Westford se deslizó por el suelo. Johnny la siguió con la mirada, viendo que quedaba demasiado lejos para atraparla, sin ser descubierto.

Basil Cavano masculló algo ininteligible, entre dientes. Se disponía a descolgar un teléfono, cuando éste empezó a sonar.

Lo atrapó de un zarpazo.

—¡Hable, aprisa! —rugió—. ¡Necesito el teléfono para llamar a los bomberos!

Escuchó un instante. Johnny reptó hasta donde estaba la pistola,

la empuñó y se quedó esperando, con la espalda apoyada en la pared.

El escuálido individuo gritó:

—¿Dónde la tienes? ¡Maldito seas! ¿Y dónde está la casa de Mike...? Está bien, esa fulana nos será útil. Ahora, cuelga, necesito el teléfono.

Cortó la comunicación. Antes de que pudiera marcar el número de los bomberos, Johnny dijo:

—Cuelga el teléfono, compadre.

Cavano se volvió en redondo. Disparó casi con el mismo movimiento, incluso antes de estar seguro de la posición de su adversario.

No obstante, la bala dio en la pared, a menos de un palmo de la cabeza de Johnny Conan. Éste tiró del gatillo y el pesado proyectil le partió el brazo a Cavano, cuyos dedos muertos dejaron caer su arma.

Las llamas descendían, rugiendo, prendiendo en las escaleras de madera, en la barandilla y el artesonado del techo.

—No quiero que nadie evite el incendio, renacuajo del demonio —dijo Johnny, acercándose a su víctima—. Mereces abrasarte, con todos tus tesoros.

El hombrecillo rugió:

—¡Vas a destruir un sinfín de obras de arte, miserable...!

—Si tú las tocaste, están contaminadas. El fuego les sentará bien, como a ti.

Un chispazo de astucia pasó por la mirada aguda del dueño de la casa.

—¡Espera! —rugió—. ¿Tú eres Johnny Conan?

—Ajá, veo que mi popularidad va en aumento.

—¡Entonces, has perdido la partida! Tenemos a tu fulana...

—¿De qué estás hablando?

—De la mujer que te sirvió para cazar a Bruno.

Johnny sintió un escalofrío.

—Ya veo... crees que con eso salvarás el pellejo.

—Estoy seguro, si es que quieres volver a verla de una pieza.

—No tengo ningún interés especial por ella. La utilicé y eso es todo.

—Entonces, no te importará que la violen, antes de arrancarle la

piel a tiras...

—Bueno, tanto como no importarme...

—Entonces, llama a los bomberos. Haremos un trato, y podrás sacarla de donde está.

—Claro que haremos un trato...

Parte de la escalera se derrumbó con estrépito, ahogando el bramido de las llamas. Una nube de chispas les envolvió.

Johnny volteó la mano armada, y golpeó a Cavano en la cara, con el cañón de la pistola. El hombrecillo se derrumbe de espaldas, aullando.

Unas maderas ardían a corta distancia. El fuego comenzaba a prender en el suelo de madera.

—Ahora escucha, gran tipo. Quiero saber dónde está esa chica, quiénes la tienen y por qué la han cazado. Y vas a decírmelo, si quieres morir de una pieza. Porque vayan como vayan las cosas, tú estás muerto, Cavano.

—¡Nunca lo sabrás, si no me sacas de aquí!

Conan sacudió la cabeza. Dio tal puntapié en las costillas del hombrecillo que esté rodó como disparado por una catapulta, con suficiente impulso para que fuera a caer donde empezaban a alzarse llamas del suelo.

Sus pantalones ardieron de súbito, a la altura de los tobillos. Empezó a chillar y revolcarse, pataleando el suelo y tratando de levantarse, con su brazo inútil bamboleándose sin tino.

Johnny volvió a descargar otro puntapié. Éste casi lo levantó del suelo, aún con los pantalones ardiendo, abrasándole la piel.

—¡Ayúdame...! —chilló.

—¿Dónde está?

—¡Maldito!

De un revés, Johnny le tiró de espaldas sobre las llamas. Dio tal alarido que su voz no pareció la de un ser humano. Rodó sobre sí mismo, alejándose del fuego, intentando apagar el que había prendido en su camisa. Pero sus tobillos continuaban abrasándose, y el dolor se hizo tan lacerante, tan infernal, que bramó:

—¡Westlake, mil ciento treinta! —Pataleó, y algunos pedazos de pantalón saltaron, convertidos en llamas vivas.

—¿Cuántos hombres hay allí?

—¡Tres! ¿Es que no vas a sacarme de este infierno?

Johnny hizo una mueca.

—Te dije que tú estabas muerto, Cavano. Después, sólo quedará uno del grupo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No... no sé por qué...

—Sí sabes por qué. No se puede andar jugando con algo que pone a medio mundo al borde del caos.

—¡Sácame de aquí... ten piedad aunque sólo sea esta vez, y te diré todo lo que sé!

—No sabes nada que yo ignore.

Johnny retrocedió paso a paso hacia la puerta. Cavano, retorciéndose de dolor y desesperación, intentó seguirle.

La pistola bramó una vez más. La bala hizo migas la rodilla derecha del hombrecillo, y éste cayó dando tumbos y alaridos.

Justo cuando Johnny pasaba la puerta, el resto de la escalera cayó, en medio de rugientes llamaradas. Lo último que vio de Basil Cavano fue su cara desencajada, como una máscara de terror. Luego desapareció, engullido por el fuego.

Johnny Conan salió de la casa. Una densa humareda se elevaba hacia un cielo azul y lleno de sol. A lo lejos aullaban las sirenas de los bomberos. Alguien debía haberlos alertado.

El se dio una prisa endiablada en alejarse de aquel infierno.

CAPÍTULO VIII

El teniente contempló, sombrío, la potente pistola «Magnum» que reposaba sobre su mesa. El sargento Limey dijo:

—¿Y ahora qué? Ese fulano no hubiera abandonado su pistola, en ninguna circunstancia.

—¿Tú crees que es uno de los fiambres achicharrados que encontraron en la casa?

—Me parece que eso está fuera de toda duda. Sólo muerto, un profesional renunciaría a su arma. Y fíjese en ese silenciador, si es que dudo de que fuera un auténtico profesional.

—Quizá tengas razón, y Johnny Conan muriera abrasado en aquel horno, junto con los otros. Había más pistolas, y dos de los cadáveres estaban convertidos en tizones, imposibles de identificar. Pero otro había muerto de un tiro de esta pistola, el que estaba en la parte trasera del edificio, a dónde no llegó el fuego... sí, es muy posible que el tal Conan se convirtiera también en una antorcha. Pero en ese caso, explícame por qué abandonó la pistola en el jardín.

Limey se encogió de hombros. No dijo nada.

El teniente Ridley tenía otras muchas cosas de qué preocuparse. Descolgó un teléfono de comunicación interior, y ladró por el auricular:

—¿Qué noticias tienes, Baker...? Ya veo...

Colgó.

Limey le miró, expectante.

—Nada todavía. Dios sabe a dónde la habrán llevado...

—Está arriesgándose mucho, teniente. Si eso es un rapto, deberíamos advertir a los federales.

—Hay tiempo... Ocúpate de la identificación de los cadáveres del incendio. Por lo menos, de los que se pueda identificar, claro.

Limey se fue, gruñendo. Ridley apartó la pistola a un lado, y se

quedó dándole vueltas entre los dedos al increíble silenciador. Era el primero que veía de semejante modelo, y ni siquiera los expertos habían podido aclararle su posible procedencia.

Tenía sobre la mesa unas reproducciones de la cara construida a base de las indicaciones de Melisa Doray. No era ninguna obra de arte, pero incluso así se le antojó un rostro sombrío, que pertenecía a alguien peligroso como el demonio.

Tomó de nuevo el teléfono, y llamó a Identificación. Los expertos en huellas seguían trabajando en las «levantadas» en casa de Melisa, muchas de las cuales, sin duda, pertenecían a Johnny Conan.

Sólo que si era así, no había forma de identificarle. No había nada sobre esas huellas ni en los ficheros de la Jefatura, ni en los centrales, ni siquiera en los del FBI, a quiénes había recurrido, con la esperanza de que pudieran identificarlo.

Escuchó el cúmulo de fracasos, y colgó, más desalentado que nunca. La imagen de Melisa continuaba inquietándole, con su desaparición y lo que éste implicaba.

Acabó sintiéndose incapaz de seguir encerrado en el despacho, de modo que devolvió la «Magnum» a Balística, y se fue a la calle.

Cross entró sorbiendo ruidosamente una cerveza de lata.

—¿Tienes sed?

La muchacha le miró, despavorida. Horas y horas de angustia, bajo la mirada obscena de ese hombre, habían desquiciado sus nervios.

Había perdido la noción del tiempo, y hasta ese momento no había sentido sed ni hambre. Sólo terror, angustia y asco.

Y de pronto, tenía sed. Una sed abrasadora. Trató de recordar cuándo había comido o bebido por última vez. El gordo insistió, sarcástico:

—Puedes beber, si lo deseas. ¿Qué prefieres, cerveza, *whisky*... o sólo agua?

—Agua...

—Ajá. Te traeré toda la que quieras, si te portas bien conmigo. No te haré ningún daño, y tú solo habrás de mantener la boca cerrada cuando llegue Kling.

—¡Puerco!

—Cualquiera diría que no lo hiciste nunca. Eso sería estupendo, pero te has revolcado con quien quisiste. Con ese tipejo, Conan, ¿eh?

Ella no replicó. Desvió la mirada. Estaba asombrada de que, hasta ese momento no hubiera advertido la terrible sequedad de boca, la sed que comenzaba a obsesionarla.

El gordo tragó el resto de la cerveza, y arrojó la lata a un rincón.

Inclinándose sobre el desnudo cuerpo de Melisa, gruñó con voz ronca:

—Escucha, te diré qué vamos a hacer...

Se interrumpió de golpe al oír el motor de un coche, fuera. Irguiéndose, lanzó un juramento y, empuñando la pistola, salió de la habitación.

Un minuto después, estaba de regreso en compañía de los otros dos rufianes.

La muchacha les miró, esperanzada. Kling ni siquiera le hizo caso, pero el cuchillero rió con sorna.

—¡Qué mujer! —cacareó—. Debes haber pasado un infierno, *Cross*, teniéndola tendida ahí sin poder tocarla.

—¡Vete al demonio!

Kling dio un grito, y los dos olvidaron a la muchacha.

—Bueno, si por un momento dejas de hacer el payaso, quizá sugieras algo sobre el futuro —rezongó.

Mike se rascó el cogote.

—No se me ocurre nada —confesó.

—Eso sí lo creo. Y lo grande es que estamos metidos en un lío, por el que nadie pagará un centavo. Muerto el señor Cavano, nos quedamos con esta zorra y sin un dólar.

—¿Cómo demonios pudo suceder? El nos habló por teléfono, iba a llamar a los bomberos, de modo que entonces estaba bien. No lo entiendo.

—Eso ya no importa.

—¡Eh, espera un momento! —Exclamó Mike—. Quizá alguien pague un buen rescate por esta mujer.

Los tres se volvieron hacia Melisa. Los grandes ojos asustados de la chica se agrandaron todavía más.

Kling le espetó:

—¿Oíste eso?

—No... yo no tengo a nadie.

—Piénsalo. Saldrías de apuros.

—Nadie pagará nada por mí. No tengo a quién recurrir.

—Vamos a ver... ¿Tienes dinero, es tuya la casa de donde te sacamos? Era una buena choza, con piscina y todo... Lo sé porque dejé nadando al polizonte que vigilaba —rió el cuchillero.

—Es mía, claro, pero...

—Ajá. Se puede vender —dijo Mike.

Kling sintió tentaciones de matarlo.

—Eres aún más cretino que este saco de grasa —refunfuñó entre dientes—. A estas horas, aquello estará tomado por la policía. ¿Por qué no vas y les ofreces la casa a ellos?

—Bueno, entonces, el dinero. ¿Dónde tienes el dinero, nena? Debes estar bien forrada, ¿eh? Apuesto que posees una buena cuenta en el Banco.

—No soy una mujer rica...

—¿Cuánto dinero tienes?

—Algo más de once mil dólares.

—Debes tener más. Vives a lo grande, tienes un coche de categoría, y esa casa no se compra con buenas palabras. ¿Cuánto?

—¡Ya se lo he dicho!

Kling estaba ansioso por acabar con ese problema.

—Nos extenderás dos cheques —dijo—. Cinco mil dólares cada uno, ¿entiendes? Así los del Banco no arrugarán la nariz.

—Y después me matarán.

—¿De dónde sacas eso?

—Me han secuestrado. Saben que les identificaré, si la policía les detiene... así que no pueden dejarme con vida.

—Nos largaremos de la ciudad, estúpida. ¿Vas a firmar esos cheques, o *Cross* habrá de convencerte?

Melisa sacudió la cabeza. Cuanto más tiempo tardara en rendirse, más viviría.

—No —dijo—. No les pagaré para que me maten.

Cross soltó un relincho.

—¡Entonces, déjamela a mí, Kling!

—Es tuya. Hazle todo lo que quieras y, cuando piense firmar, llámanos. Pero ya que pone tantas dificultades, puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Cross apenas podía creerlo.

Se volvió hacia Melisa. Ahora, la mirada de la muchacha era un pozo de terror.

—No sabes lo que vamos a divertirnos tú y yo, nena —graznó, casi dando sapos de impaciencia—. Vas a ver lo que es capaz de hacer el bueno de *Cross*... ni lo imaginas.

Empezó a quitarse el cinturón. Con una mueca, Kling giró sobre los pies y salió de la habitación. Mike vaciló, su mirada, encandilada, perdiéndose en los hermosos recovecos del cuerpo escultural de la muchacha.

Cross bufó:

—¡Largo de aquí, idiota! No necesito ayuda para estas cosas. Ni mirones.

—Bueno, bueno...

El cuchillero salió y cerró la puerta.

El gordo se despojó de la camisa. Pliegues de grasa rodeaban su barriga, estremecidos por su impaciente nerviosismo.

Melisa hubiera querido morir. Giró la cabeza, huyendo de la visión de aquel hombre que, durante tantas horas, la había aterrorizado con sus sucias apetencias.

Cross no podía contener su burlona risita. Empezó a quitarse los pantalones y cacareó:

—Hubiera sido mejor si tú...

Nunca terminó. Se oyó un estruendo, como si de repente estallara un trueno que rompiera los cristales de la ventana. Los cristales se rompieron, por supuesto, y el estruendo envió un proyectil que abrió un tercer ojo en la frente del rufián, llevándose, al salir, la mitad de la cabeza por los aires.

La muchacha se revolvió en el suelo, a tiempo de ver cómo el gordo se desplomaba, con aquel muñón nauseabundo sobre los hombros. Empezó a chillar como una loca.

La puerta se abrió, y aparecieron los otros dos hombres, con las pistolas empuñadas, alarmados por el disparo.

Desde la ventana rota, Johnny tiró del gatillo, y el cuchillero saltó hacia atrás, empujado por el proyectil.

Kling intentó retroceder, al tiempo que disparaba alocadamente, entorpecido por el cuerpo de su propio compinche.

La primera bala le alcanzó en un lado del pecho. Golpeó contra

el quicio de la puerta, y cayó de rodillas, aún luchando por pelear, por devolver el fuego. Sintió un mazazo terrible en el cuello, hubo como una llamarada roja en sus retinas, y se derrumbó de bruces.

Melisa dejó de chillar porque incluso perdió la facultad de gritar, la garganta agarrotada por lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Entonces vio a Johnny deslizarse por la ventana, y la visión de aquel hombre le pareció algo fuera de este mundo, como si estuviera bajo los efectos de una pesadilla, algo que sucediera fuera de ella misma, algo de lo que sólo fuera una espectadora desinteresada, como si los personajes no tuvieran nada que ver con ella.

El dijo:

—Parece que legué a tiempo.

—¡Tú!

—Sigo cometiendo estupideces.

Se quedó mirándola cual si estuviera fascinado por el cuerpo desnudo y estremecido. Aquel cuerpo que fuera suyo, poco antes.

Al fin se decidió a librarla de las cuerdas. Dijo:

—Arréglate como puedas estas ropas, porque tenemos que largarnos a escape. Alguien habrá oído los disparos, y no quiero tratos con la policía.

—Johnny... Yo... yo les dije todo lo que pasó en mi casa.

—Claro.

—También... también les describí tu cara. Hicieron una especie de retrato y...

—Ya contaba con que lo harías. No importa, y menos, ahora. Hay que correr, nena.

Ella sujetó sus ropas, cubriéndose como pudo. Conan tenía un coche cerca, que cuando lo despegó de la acera, le arrancó un comentario:

—Si algún vecino ha tomado la matrícula, habré de pegarle fuego...

Y aceleró.

A lo lejos, aullaban las sirenas de la policía.

CAPÍTULO IX

El sargento graznó:

—¡Eh, teniente, aquí hay uno que aún vive!

Ridley se desentendió de su gente, y se acercó al sargento y al doctor.

Vio al hombre tendido en la camilla. Unos ojos mortecinos le devolvieron la mirada.

—Bueno, todos ustedes estaban armados —dijo el teniente—. ¿Puede decirme quién les atacó?

—El... Conan.

Ridley casi se cayó de espaldas.

—¿Johnny Conan?

El moribundo cuchillero asintió. Jadeaba, y un ronco estertor brotaba de su garganta.

—¿Por qué? —Insistió Ridley—. Además, ustedes eran tres, armados. ¿Cómo pudo...?

—La mujer... por ella...

—¿Qué mujer?

Mike movió los labios. No brotó ningún sonido de ellos. Estaba muriéndose a chorros.

El teniente casi gritó:

—¿Qué mujer? ¡Maldita sea! ¿Me oyes?

—Ella... se llama... Doray...

Esta vez, Ridley apenas se sorprendió. Lo había esperado, aunque la cosa le desbordaba. No comprendía la actitud del tal Conan.

—Necesito saber más. Escuche, imagino que fueron ustedes quienes la secuestraron, de modo que...

—Déjelo, teniente —terció el médico—. Este hombre ha muerto.

—¡Maldita sea!

Contempló cómo se alejaban las ambulancias, desalentado.

Limey rezongó:

—Así que el fulano sigue vivo...

—Y nosotros seguimos en el limbo. No sabemos nada de nada sobre este asunto, solamente que el maldito Conan nos está inundando de cadáveres la ciudad.

—Esa mujer habrá de dar algunas explicaciones al respecto, digo yo.

—Sí, eso, seguro. Me parece que voy a dejar de ser amable con ella.

Dejo la rutina a cargo del sargento, tomó su coche y salió disparado.

Había otro guardia en el porche del *bungalow* de Melisa, un muchacho joven, que se aburría soberanamente.

El teniente Ridley se apeó de su coche y, atravesando el jardín, se dirigió hacia el policía. No pudo evitar un repeluzno de aprensión, al mirar la ahora vacía piscina.

—Supongo que no ha aparecido nadie por aquí —gruñó, secándose la frente con un sudado pañuelo.

—En absoluto, teniente.

—Tenga los ojos abiertos, y no se descuide. Recuerde a su compañero...

Empujó la puerta, y entró en la vivienda. Todo estaba tal como lo dejaran sus hombres, después de la inspección. Miró en torno, desalentado, diciéndose que un profesional como el fulano llamado Conan no podía haber dejado tras sí la menor pista. No obstante, y quizá para dar rienda suelta a su necesidad de movimiento inició otro registro personalmente.

Cuando terminó, sabía mucho sobre los gustos de Melisa Doray, respecto a ropa interior y prendas íntimas, pero eso era todo.

Encendió un cigarrillo, perplejo ante un caso en el que se sucedían los cadáveres y la violencia, pero del que no lograba aclarar siquiera los motivos de ese infierno desatado.

Estaba ya junto a la puerta, cuando sonó el teléfono. Se precipitó hacia el aparato, descolgándolo de un zarpazo.

—¿Teniente? Supuse que le encontraría ahí...

—¿Qué pasa, Limey?

—Las cosas se complican cada vez más. Uno de esos cadáveres

tenía en un bolsillo una serie de fotografías de hombres. Estamos tratando de averiguar a quién pertenecen. También encontramos en su cartera un pedazo de papel, con tres nombres de mujer. Los nombres y las direcciones correspondientes. ¿Me escucha, teniente?

—Seguro. ¿Quiénes son esas damas?

—Eran.

—No hables en acertijos, sargento. No estoy de humor.

—Eso sí lo creo...

—¡Al grano!

—Los nombres de mujer son los tres cadáveres que reposan en el Depósito.

El cigarrillo se desprendió de los labios de Ridley, cuando éste se quedó boquiabierto.

—¿Cómo dices? —jadeó.

—¿Recuerda los tres crímenes que achacamos a un maníaco sexual? Tres chicas de campeonato, violadas y asesinadas en un intervalo de dos días...

—¡Sí, sí, las recuerdo!

—Bueno, sus nombres y direcciones son los de esa lisa del «fiambre».

—¡Qué me cuelguen! Lleva los expedientes de esos crímenes a mi despacho. Voy ahora mismo para allá.

Colgó. Se daba cuenta de que los acontecimientos estaban desbordándose por todas partes.

Dio nuevas instrucciones al vigilante y emprendió el camino de Jefatura.

Limey le esperaba, más nervioso que un gato.

—Sigue complicándose todo el maldito asunto, teniente. Hay orden de que se presente «arriba».

—¿Ahora?

—Inmediatamente. Llamó el capitán, pero he visto subir al comisionado y al propio fiscal general.

Ridley se quedó helado.

—¿Y están reunidos aún?

—Esperándole, jefe.

—Maldito si lo entiendo. ¿Encontraste los expedientes?

—Están sobre su mesa. Di otro vistazo a las fotografías de las víctimas. ¡Madre mía! Eran tres bomboncitos, palabra. Bueno,

quiero decir, antes de que el cuchillero las violara y todo lo demás.

—Sigue con la identificación de todos esos «fiambres». Te veré después... si aún conservo la cabeza sobre los hombros.

Se metió en el ascensor, y subió al despacho del capitán Donaldson, un hombre eternamente preocupado por su posición. Consciente de que dependía de los éxitos de su departamento.

Ridley dio un vistazo a los otros dos individuos que ocupaban sendos butacones. Uno era el comisionado, al que ya conocía. Un hombre tan preocupado por la política como el capitán.

El fiscal general tenía el aspecto de esos ejecutivos de grandes compañías, seguros de sí mismos, altaneros y, en opinión del teniente, fatuos como el demonio.

—Siéntese, Ridley —dijo el capitán, con voz neutra, como si estuviera cansado de discutir—. Supongo que ya conoce usted a estos caballeros.

—Perfectamente, señor.

—Bien... ¿Cómo está la situación en ese complicado caso cuyo informe me pasó anoche?

—Muy mal, para decirlo sin rodeos. Se ha complicado al aparecer un nexo de unión entre las últimas víctimas de ese tal Johnny Conan, y las tres muchachas violadas y asesinadas hace apenas un par de semanas.

—Eso debe ser muy reciente, porque nadie me informó hasta este momento...

—¿Reciente? Acabo de descubrirlo hace apenas quince minutos, capitán. Voy a destinar a todos los hombres disponibles a...

—Olvídelo.

La seca voz del comisionado no sólo cortó su parrafada, sino que le dejó estupefacto.

—No comprendo —gruñó—. ¿Qué he de olvidar?

—Todo el condenado caso.

—Temo que no alcanzo a ver dónde está el chiste, señor. ¿Pretende decirme que olvide un caso en el que se amontonan los cadáveres, y al que ahora hemos de añadir otros tres?

—Ciertamente, eso es lo que he dicho.

Ridley miró, alhelado, a su superior, como esperando que el capitán saliera en su ayuda, Donaldson parecía endiabladamente interesado en el brillo de sus uñas.

—Con todos los respetos, señor —dijo, dominando su creciente desconcierto—, no puedo creer que hable en serio. Tengo un caso entre manos en el que se ha vertido un río de sangre, en el que hay implicadas, además, tres violaciones, seguidas de asesinato. Y, por si todos ustedes lo han olvidado, es un caso en el que fue asesinado, de una cuchillada, uno de nuestros hombres. Un policía que cumplía un servicio dispuesto por mí personalmente. ¿De veras piensan que puedo olvidar todo esto?

—No puede. Usted lo recordará, como todos recordamos algún momento particularmente desagradable de nuestras vidas. Pero, profesionalmente, el caso ha dejado de existir. Es así de sencillo.

Ridley se levantó poco a poco. Estaba lívido.

—A menos que se me ofrezca una explicación, que yo pueda aceptar, no estoy dispuesto a acatar esta orden.

Los tres hombres cambiaron una mirada. El fiscal habló por primera vez. Tenía una voz cultivada, pero tan firme como una roca.

—No estamos en disposición de aclararle a usted las razones que, contra nuestro propio sentir, nos obligan a cancelar el caso. Sepa tan sólo que las instrucciones han llegado directamente de Washington.

—Eso no me sirve. Washington está muy lejos de Los Ángeles, y es aquí donde tenemos los cadáveres y la violencia.

—Temo que habrá que decírselo a usted de otro modo, teniente —replicó el fiscal, sin alterar la voz ni el gesto altanero—. Es una orden que está obligado a cumplir.

—Ni siquiera así. Yo juré el cargo de oficial de policía para hacer respetar la Ley y detener a los que la vulneran. Esa orden significa todo lo contrario.

—O la acepta, o renuncia usted a su cargo, teniente.

Hasta el capitán dio un respingo, ante la seca sentencia del comisionado.

Donaldson balbuceó:

—Espere un minuto, comisionado...

—Sólo añadiré una cosa más —dijo éste—. Las instrucciones referentes a este asunto han llegado a mi mesa de despacho directamente del NSC.

—¿Qué demonios tiene que ver el Consejo Nacional de

Seguridad en todo este asunto? —exclamó Ridley.

—Eso, teniente, ni siquiera nosotros lo sabemos.

—Ya veo...

El capitán Donaldson dijo:

—Le aseguro que a mí me disgusta tanto como a usted, Ridley. Pero no tenemos opción.

El teniente le miró con ojos fulgurantes. Luego, su mirada airada cayó sobre los otros dos individuos, y sintió revolvérsele el estómago.

—Muy bien —gruñó, entre dientes—. Espero que no tengan que arrepentirse de esa decisión. Afortunadamente, mi cargo no depende de las relaciones ni de los políticos.

Giró sobre los talones, abrió la puerta y salió, echando chispas.

Sobre la mesa de su despacho le esperaban los expedientes que había pedido. También los informes forenses, fotografías, las pistolas encontradas en los lugares de los hechos, un cuchillo automático y documentaciones personales.

Lo contempló todo con mirada melancólica. Encendió un cigarrillo y, echando el sillón hacia atrás, colocó los pies sobre todo aquel montón de papeles. Estaba tan furioso que hubiera podido pegarle fuego a todo aquello... incluido el edificio policíaco.

CAPÍTULO X

—No te comprendo —musitó la muchacha—. No sé qué me inspiras ni por qué estoy aquí, ni la clase de hombre que eres. ¿Es que incluso careces de sentimientos?

Johnny se encogió de hombros.

—¿Para qué sirve eso? —rezongó—. No te atormentes con lo que está fuera de tu alcance. Deberías sentirte llena de alegría, por estar viva a estas horas.

¡Oh, claro que estoy contenta de vivir! Pero eso no satisface mi terrible desconcierto. ¿Por qué viniste a salvarme si sabías perfectamente que te había delatado a la policía?

—Tú estabas metida en una situación muy mala, debido a mi actuación. Pensé que te debía algo, y la suerte hizo todo lo demás. En cuanto a la policía... Bien, siempre supe que les dirías todo lo que pudieras recordar sobre mí.

—¡Pero pueden detenerte... y has matado a cuatro hombres, y yo soy testigo de ello!

—Grítalo un poco más alto y habré de matar a algunos más —dijo él, sombrío—. Es difícil meter un poco de sentido común en la cabeza de una mujer... ¿Por qué no intentas olvidarlo todo? Ya no tienes nada que temer, y en lo que a ti concierne, todo el asunto ha terminado.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

El chascó la lengua, disgustado.

Estaban sentados bajo la sombra de los árboles, en un confortable parador de la carretera, cerca de Santa Mónica. Hasta ellos llegaban las voces de las muchachas que retozaban en la piscina, y el susurro de la brisa en el follaje, y, más lejano, el rumor de la carretera repleta de tráfico.

Conan apuró el *whisky* y encendió un cigarrillo.

—Cuanto menos sepas, mejor para tu tranquilidad. Pero sólo tus

delicados sentimientos te hacen sufrir por esos hombres muertos, creo que debes saber que no hace quince días asesinaron a tres mujeres, después de violarlas brutalmente.

Melisa perdió el último asomo de color.

—¡Johnny! —jadeó.

—Uno de ellos era un especialista del cuchillo...

—Sí —dijo ella, estremeciéndose.

—Ése las degolló, pero los tres se cebaron primero en ellas hasta que se hartaron.

—Por favor...

—Horrible, ¿no?

—¡Espantoso! Y tú lo cuentas como si no te impresionara lo más mínimo.

—Bueno, he visto cosas peores. Te lo he contado para que no te remordiera la conciencia, ni te acusaras de ser la causa que provocó su muerte. Lo merecían.

—Pero tú...

—¡Y sale con eso! ¿Hubieras preferido que a ti te hicieran lo mismo?

—No, por supuesto que no, Johnny... ¿Qué voy a decir ahora a la policía? Insistirán en confeccionar tu retrato...

—Haz sólo lo que te pidan. Te aseguro que no me importa demasiado la policía. Y ahora, si estás tranquila, te llevaré de vuelta a la ciudad.

—Habrá policías en casa..., deben haberse dado cuenta de que me raptaron..., debieron asesinar también al policía de vigilancia, así que aquello estará lleno de hombres del teniente Ridley.

—Tarde o temprano habrás de enfrentarte a él. Cuéntale la verdad, nada más.

—Pero...

—Toda la verdad.

De pronto, ella dio un respingo.

—¡Cielos, Johnny, tu foto!

—¿Qué foto?

—Uno de aquellos tres miserables tenía tu fotografía...

—¿Estás segura?

—Me mostraron varias, de distintos hombres. Cuando vi la tuya no pude disimular y se dieron cuenta... de que eras el hombre que

había matado a Willy...

—Eso sí que me sorprende —murmuró él pensativo—. El último de los hijos de perra debe de tener tanto poder que puede meter las manos hasta en los lugares más inaccesibles...

—¿Quién?

—Olvídalo. Ahora esta fotografía debe de estar en poder de la policía, así que todo será más fácil para ti.

Melisa le observó un buen rato en silencio.

—No lo haré —dijo de pronto—. Les diré que no reconozco ninguna de las fotos, si me las enseñan.

—Buena chica, pero los policías no son tan tontos como la gente cree. Así que piénsalo bien, antes de arriesgarte.

—Ya lo he pensado.

—Allá tú. ¿Quieres que te lleve de vuelta al centro? ¿O prefieres regresar en un taxi? Podemos pedirlo por teléfono, si quieres...

—Iré contigo.

El asintió. Dejó un par de billetes sobre la mesa y ambos se dirigieron donde se hallaba el coche.

Apenas se habían instalado en él, el teléfono empezó a zumbiar.

Johnny titubeó, Luego, descolgando, dijo de mal humor:

—Hable, aquí Conan.

—¿Dónde está ahora?

—Fuera de la ciudad.

—Bueno, quiero decirle que está fuera del caso, Johnny. Eso es definitivo. Hemos arreglado las cosas con la policía, pero no estoy muy seguro del resultado. Así que usted va a desaparecer durante un tiempo.

—¿Dejando las cosas sin terminar?

—Otros se ocuparán de ello. Usted es ahora un tremendo riesgo para nuestra organización, así que vamos a sacarlo de circulación por un tiempo.

El hizo una fea mueca.

—¿Por cuánto tiempo, señor?

—No lo sé, pero será larga la temporada, de todos modos. Irá a cualquier lugar donde no puedan identificarle.

—¿Y si me niego, señor?

—¡No puede negarse! Esta vez es una orden. Escuche, lo tengo todo pensado. ¿Recuerda usted el punto de cita, hace unos meses,

en la playa?

—Claro que lo recuerdo...

—Esta noche, a las once, habrá un helicóptero esperándole. Encontrará en él un portafolios con dinero. Tómelo, emprenda el vuelo y lárguese adonde nadie pueda reconocerle.

—Ya veo...

—Eso es todo.

Colgó. Una extraña mueca de amargura ensombrecía su rostro, ya de por sí sombrío y ceñudo.

La muchacha susurró:

—¿Qué significa todo esto, Johnny?

—El final de muchas cosas... El final de todo.

—¿Tu final?

—Definitivo. No se me ocurrió nunca pensar que llegaría de este modo..., aunque es digno de mí, de un perro rabioso que se ha vuelto torpe y viejo.

—No te comprendo... Tú no eres viejo.

—En años, quizá no. En todo lo demás, es como si tuviera sobre mis espaldas un fardo de mil años..., mil años de violencia, de ignominia, de asco. Afortunadamente, tú no puedes comprender eso.

—No quiero comprenderlo, Johnny. No lo necesito, porque te quiero.

—Como al demonio.

—Sí tú fueras el demonio, entonces estaría enamorada de él.

Conan soltó un gruñido. Dio vuelta a la llave del encendido y el motor zumbó con suavidad. La idea le asaltó como un rayo y se quedó rígido unos instantes. Melisa le miraba y se asustó al ver la salvaje expresión de su cara.

—¡Johnny! ¿Qué ocurre?

—Tranquilízate.

—Pero...

—Pienso en el final. En mi final...

—Podrías pensar en lo que te dije hace unos momentos...

El se volvió a mirarla. En sus ojos sombríos brillaba una extraña llama.

—Melisa... ¿Serías capaz de abandonarlo todo por un hombre?

—Si ese hombre eres tú, sí.

—Piénsalo. Cuando digo todo, quiero decir eso exactamente. Hasta tu nombre, tu identidad, tu propia personalidad. No podrías volver ni siquiera a tu casa. Habrías de abandonarla también. Y tu dinero, si es que lo tienes. Desde este momento, ahora, en este mismo segundo.

Ella le miraba desconcertada y, por un instante, pareció titubear. Luego, echándole los brazos al cuello, musitó:

—Hecho, querido. Desde ahora soy lo que tú quieras que sea. Bautízame, créame una nueva personalidad... Haz de mi lo que desees.

Johnny se estremeció. Atrapó su boca en un beso salvaje, como jamás habían besado ninguno de los dos.

Luego, la apartó suavemente.

—Sé que no tengo derecho a exigirte eso, pero hasta una bestia solitaria como yo necesita una mujer, un refugio. Ruega para que todo salga bien, si es que aún sabes rezar.

Sacó el coche del aparcamiento, aceleró y en unos segundos volaba carretera adelante, como impulsado por una fuerza que nada pudiera detener.

Melisa guardó silencio casi todo el tiempo, que tardaron en llegar a Los Ángeles. Después, cuando él paró el auto, musitó:

—¿Qué debo hacer ahora?

Johnny la miró. Por primera vez desde que le conocía, ella advirtió una chispa de ternura en aquella mirada.

—Tomaremos un taxi, después de andar un poco. Este coche es demasiado conocido. Luego compraremos otro, con nuevos documentos.

Echaron a andar juntos, y más tarde, un taxi les llevó hasta la terminal de autobuses de la Greyhound. Melisa se dejaba llevar, como en sueños.

Johnny la introdujo en las escaleras automáticas. Luego, entre el gentío que se agolpaba en el inmenso edificio, se dirigieron a una sala alargada, cuyos muros estaban cubiertos por los departamentos de alquiler automáticos.

Sin vacilar, Johnny abrió uno de ellos. De su interior extrajo un viejo portafolios. Volvió a cerrarlo, abandonando la llave en la cerradura.

—Tendrás otra personalidad —dijo, mostrándole el portafolios

—. Y yo también. Tú y yo vamos a desvanecernos en el aire, tan completamente como si nunca hubiésemos existido.

—¿De qué modo, Johnny?

—Documentos falsos, pero hasta para el mejor experto serán imposibles de distinguir. Tengo algunos arreglos que hacer... aprovecharás el tiempo para visitar un salón de belleza.

—Es cierto que necesito un poco de...

—Necesitas más que un poco de cualquier cosa. Vas a cambiar el color de tu pelo, el trazo de las cejas, el peinado, todo. Y te facilitaré unas lentes de contacto para cambiar el color de los ojos. Durante unos días, habrás de someterte a todo esto. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Ponme a prueba.

El asintió. Se detuvieron en la concurrida acera.

—Recuerda ese nombre: Palladium, Es un restaurante instalado en un sótano de la calle Monahan. Cuando termines con el tratamiento, cómprate otro vestido. Este que te compré al ojo, te sienta fatal. Pero sólo un vestido, nada más.

—Entendido.

—Después, irás a esperarme a ese restaurante. Nos reuniremos allí, y ya no volveremos a separarnos. No importa si me retraso, nadie te hará preguntas.

—Estoy tan excitada que podría ponerme a chillar. ¿Qué vas a hacer tú?

El rechinó los dientes.

—Procurar por nuestro futuro.

Hizo señas a un taxi, la besó fugazmente, y aún dijo:

—Recuerda, primero el salón de belleza. Quiero que cuando vuelva a verte, ni siquiera yo pueda reconocerte.

Entró en el taxi, y éste se alejó.

Desde la acera, la muchacha le siguió con la mirada, con un extraño sentimiento exultante, como una burbujeante alegría que rebosara por todos los poros de su piel.

Cuando echó a andar, sabía que esos primeros pasos iniciaban una nueva vida. Para bien o para mal, estaba segura de que, por lo menos, sería diametralmente distinta a la que viviera hasta ese preciso minuto en que, a su entorno, el mundo iba a girar de un modo diferente.

Deseó que fuera para bien, y aceleró el paso en busca de un salón de belleza.

CAPÍTULO XI

Los hermosos yates se mecían amarrados a los muelles del Club Náutico, la mayoría protegidos por lonas impermeables, cerrados y silenciosos. En otros, los gallardetes deportivos flameaban al viento salobre que llegaba, perezoso, de un mar de calma.

Johnny avanzó por el muelle como un paseante sin ninguna prisa por llegar a ninguna parte. De vez en cuando, se detenía para admirar alguna de aquellas joyas de gran tamaño, privilegio de afortunados mimados por el destino. Luego, reemprendía el camino, silbando entre dientes.

Vio algún que otro tripulante limpiando los metales de las embarcaciones, o el guardián de otras fumando o leyendo bajo las sombras de la toldilla. Si a alguno le dirigió la mirada, seguro que ni siquiera se fijó en el color de su pelo.

Al fin se detuvo, como hiciera otras veces antes, frente a un yate blanco, equipado con radar, de grandes proporciones. Estuvo examinándolo casi un minuto, pero percatándose, en realidad, de que no hubiera nadie en las proximidades.

Al fin, arrojó el cigarrillo al agua y subió la corta pasarela hasta la cubierta, brillante y encerada.

Escuchó las voces apagadas que surgían casi bajo sus pies. Se deslizó sin ruido y entró en el puesto de mandos. Había una estrecha escotilla que bajaba a los camarotes. Las voces subían por ella.

El descendió los peldaños. Antes de llegar abajo, sonó una exclamación de sorpresa, y una muchacha desnuda se dio una prisa endemoniada para envolverse en una sábana.

El hombre que llevaba sólo un pequeño bañador, le miró colérico.

—¿Quién diablos se cree que es usted? —barbotó—. ¡Largo de aquí!

—Tómelo con calma, señor Mahoney. Necesito hablar con usted. A solas.

—¡Con un demonio! Yo no quiero hablar con usted, así que largo de aquí o llamo a la policía.

Johnny pareció que ni siquiera le oía. Miró a la apurada muchacha y gruñó:

—Vístete, nena. Por hoy, tu fiesta ha terminado.

—¡Maldito seas!

El hombre del bañador se volvió hacia el teléfono blanco. Conan le indicó amablemente:

—Cuando hable con la policía, dígales algo de sus estrechas relaciones con Bruno Logan, con Crossing, con Kling Barret, con Mike y su cuchillo...

Durante unos segundos, sostuvo la quieta mirada del intruso.

Al fin, el señor Mahoney se quedó rígido, la mano apoyada en el auricular, aunque sin despegarlo del soporte. Después se volvió poco a poco, temblando de ira.

Durante unos segundos, sostuvo la quieta mirada del intruso.

Al fin, gruñó:

—Vístete y vete de aquí, Sally. Te llamaré en otra ocasión.

Ella no siquiera titubeó. Se vistió a zarpazos, apresurada. En dos minutos, hubo desaparecido.

Sólo entonces, el propietario del yate bufó:

—Bueno, suéltelo. ¿Cuál es su juego?

—Supongo que ya sabe la suerte fatal que corrieron sus dos socios... y todos esos rufianes a sueldo que he nombrado antes...

—¿Y qué?

—Yo fui su suerte fatal. Usted es el último, Mahoney.

No, pudo replicar. Sus piernas empezaron a temblar y hubo de apoyarse contra la litera. De nuevo con voz que parecía amable, Conan le aconsejó:

—Si yo estuviera en su lugar, no intentaría buscar un arma ni nada semejante. No resultaría.

—Entonces, ¿qué, he de dejarme matar como un cordero?

—Eso es algo que debió prever desde un principio. ¿Cómo infiernos se le ocurrió que una cosa así podría salirles bien? ¡Pandilla de aficionados...!

—Escuche...

—Conan. Me llamo Johnny Conan.

Si hubiera quedado algún rastro de color en la cara aristocrática del señor Mahoney, al oír ese nombre se habría vuelto lívida.

—¿Es cierto que Crossing y los otros también están muertos?

—Los periódicos de la noche traerán sus fotografías. Sólo que usted ya no podrá verlos, claro.

—¡Condenación! ¿Qué clase de juego se trae entre manos? O quizá es usted uno de esos bastardos que les gusta regodearse en el terror de sus víctimas... ¿Es eso, quiere verme babear de pánico, suplicarle de rodillas?

—En absoluto. Déjeme decirle que es usted el último que queda con vida de cuántos manejaron este asunto. Todo un privilegio, teniendo en cuenta que conozco su nombre casi desde el principio. Bruno cometió muchos errores. El tampoco es un buen profesional, y aún no comprendo cómo, en un asunto tan peligroso, echaron mano de gente tan torpe...

—No temamos dónde elegir. Como usted dijo, no somos profesionales. Bueno..., no «éramos» profesionales.

—Claro.

—Y ahora...

—Ahora estoy considerando otros factores. Quiero decir que, desde que empezó todo esto, cumplí órdenes a rajatabla. Lo hice demasiado bien.

—¿Le ordenaron matarnos a todos?

Una sombría mueca cruzó por la cara de Johnny.

—Estas cosas no se ordenan de este modo. Incluso para los grandes cerebros de las agencias secretas, ciertos términos como asesinato, violación, o cosas así, no entran en su vocabulario. Lo cierto es que lo hice tan bien que ahora están asustados. Me retiran del servicio, me apartan como un trasto viejo, inservible... y peligroso.

Desconcertado, el hombre del yate rezongó:

—Maldito si entiendo por qué viene a contármelo a mí.

Conan suspiró. Sacó la mano del bolsillo y Mahoney dio un salto atrás, creyendo que iba a sacar una pistola. Apenas pudo creer que sacara sólo un cigarrillo, que encendió con calma.

—Hubo algo que me decidió a ser implacable, una bestia sanguinaria, si usted quiere, señor Mahoney —explicó, entre una

nube de humo.

—¿Qué? ¿Nuestro intento de cazar una fortuna?

—Oh, eso... Cien millones de dólares... Para el Gobierno son una bagatela. Aunque para otros países podrían ser menos aún, si ustedes se hubiesen decidido a plantearles el negocio... ¿O lo intentaron? Sí, creo que lo intentaron... ¿Con qué países? ¿Rusia, China, tal vez?

No obtuvo respuesta. Como tampoco la había esperado, no se inmutó.

—No, señor Mahoney —dijo con una helada sonrisa—. Lo que me hizo actuar a sangre y fuego, fue el bárbaro asesinato de tres muchachas inocentes, tres chicas confiadas, como esta que estaba aquí hace unos minutos.

La cara del señor Mahoney se puso verde.

Conan prosiguió:

—Mire, un profesional como yo no se altera por una muerte más o menos. La muerte de gentes que estén en el negocio, quiero decir, tipos como nosotros, para entendernos. Pero esas pobres chicas... Y de un modo tan sucio como lo hicieron. Ellas navegaron en este yate sólo para pasarlo bien, con usted y con sus dos socios. Quizá lo hicieran también para ganar un puñado de billetes fáciles, pero en cualquier caso, no fue culpa suya estar a bordo justamente cuando el avión se hundió en el mar...

—Lo sabe usted todo, ¿eh, Conan?

—Absolutamente todo.

—¡Menos el lugar donde el avión se hundió! —rugió el señor Mahoney, con una súbita esperanza—. Eso, ahora, sólo yo lo sé. ¡Yo, en toda la tierra!

Johnny sacudió la cabeza.

—Eso es lo malo para usted, Mahoney... Una vez muerto, ya nadie lo sabrá.

—¡Pero jamás encontrarán la bomba!

—Oh, sí la encontrarán. Saben que el avión perdió contacto a cierta latitud, sobre el océano. Pudo volar aún sin contacto, claro, durante un trecho, pero cuando empiecen a rastrear, le aseguro que, tarde o temprano, darán con los restos. Sólo hay una cosa que me intriga... ¿Cómo infiernos supieron lo que ese bombardero llevaba en sus entrañas?

—No tengo nada más que decir.

—Ya... Claro. Quiere llevarse todo lo que sabe a la tumba.

Rió entre dientes. Mahoney estaba asombrado de que, hasta entonces, Conan no hubiera hecho ni siquiera un gesto agresivo.

—¿Cómo piensa matarme a mí, a tiros o volando el yate conmigo dentro?

—Sería un despilfarro inútil destruir una embarcación tan hermosa... Dígame, cómo supo usted la clase de bomba que llevaba el avión, y le doy mi palabra que haré la cosa lo más limpia posible.

—¿Quiere decir que me matará de un tiro?

Conan le miró de un modo muy raro, especulativamente.

—¿Sabe usted? —Gruñó—. Quizá ni siquiera le mate.

—¿Cómo?

—Ya oyó la pregunta.

El hombre suspiró. Sabía mejor que nadie la clase de chacal con quién tenía que habérselas.

—Muy bien, se lo diré. En cualquier caso, quisiera morir de una pieza, si no hay otra salida. Tengo un pariente en el centro del control del Pentágono. Por él, y de un modo accidental, supe que ese bombardero llevaba una de esas bombas biológicas, de las que se habló hace tiempo, y que el Gobierno aseguró que ni siquiera se fabricaban. Una bomba que, en caso de estallar, mataría la vida en miles de millas alrededor. Eso nos hizo concebir la idea de obtener una fortuna, a cambio de revelar su localización. Nosotros fuimos los únicos testigos de la caída del avión.

Conan asintió con un gesto.

—No podía salir bien —dijo entre dientes—. No, con una pandilla de ineptos. Ahora, sólo queda usted. Y yo, dicho sea de paso.

—No le comprendo.

—El hecho de que yo haya manejado este asunto a mi modo, me ha ganado él retiro anticipado. La organización para la que trabajo es un ente muy delicado, ¿sabe usted? Tiene el techo de cristal y cualquier guijarro puede hacerlo añicos..., si alguien pudiera tirar ese guijarro, naturalmente.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Mahoney, le mate yo o le deje vivo, usted estará muerto de cualquier modo, porque si yo le absuelvo, la organización enviará a

otro especialista. Punto. Y le enterrarán... si quedan suficientes pedazos para identificarle.

—Está gozando con esta situación, ¿no es cierto?

—No, no lo es. Estoy dando vueltas en torno a un maldito punto. Mi porvenir.

—¿Su qué?

—Usted es un hombre relativamente rico, Mahoney.

—No tanto como para despreciar treinta y tres millones de dólares.

—Nadie es bastante rico para eso. Supongo que hasta el propio Onassis no hubiera hecho ascos a esa cantidad de billetes. Bien, ¿cuánto dinero tiene usted a mano? No en el bolsillo, claro. Y a sabe usted lo que quiero decir.

Una luz de astucia se encendió en las pupilas del propietario del yate.

—¡Ya entiendo! —exclamó—. Si yo le pago, me deja vivo...

—Si paga lo suficiente.

—Y después vendrá otro y me asesinará de todos modos.

—No, porque yo le pondré a usted a salvo. Usted es un buen piloto, no sólo de yate, sino de avión, de helicóptero incluso.

—¿Y qué?

—Le salvaré el pellejo. Saldrá del país con mi identidad, por la misma vía de escape que mi organización ha planeado para mí, para que salga por el foro, discretamente.

—Si pudieran confiar en usted...

—No tiene otra solución que confiar en mí. O eso, o reventar.

Mahoney se pasó la mano por la cara. Sudaba de angustia.

—Habría de ir al banco..., «secar» mi cuenta y...

—Olvídelo. Usted tiene dinero en su residencia, me consta. Ya le dije que estuve haciendo algunas pesquisas sobre sus costumbres. Guarda grandes sumas para tenerlas a mano cuando salta alguno de esos negocios dudosos en los que invierte. ¿Cuánto, Mahoney?

De nuevo el hombre titubeó.

—Ciento veinte mil dólares —dijo, al fin.

—Serán algunos más. Suficientes. Vístase.

No replicó. Empezó a vestirse con gestos nerviosos.

Cuando se volvió, se encontró mirando el negro cañón de una pistola.

—Sólo por cautela, ¿sabe? No quisiera tener que matarlo.

Suspiró.

—Usted gana.

—¿Dónde tiene la pistola?

Señaló la pequeña alacena empotrada en el mamparo.

—Déjela ahí, no va a necesitarla. Si yo le digo que le facilitaré la fuga, es como si tuviera un documento firmado. Vámonos.

—Espere un minuto, aún no sé cómo sacaré esto.

—Ya se lo he dicho, Usted adoptará mi identidad, llevará incluso mi documentación. Mis jefes han dispuesto un helicóptero para mí, con la orden de desaparecer. Ya sabe..., unas vacaciones en los países del sur, por ejemplo. Usted tomará el helicóptero en mi lugar, sabe pilotarlo. Adonde se dirija con él, es asunto suyo.

—¿Y usted?

—Me retiraron del caso. Otro matarife debe de estar poniéndose en movimiento a estas horas para acabar con este trabajito. De usted depende que ya no le encuentren y que jamás nadie sepa cómo huyó, ni por dónde ni hacia qué destino.

—Ya entiendo. Me doy cuenta de que es usted un tipo más sucio, más hijo de perra que todos nosotros juntos, Conan. Antes justificaba su matanza por el hecho de que nosotros hubiéramos asesinado a esas tres fulanas. Ahora, eso ya no le importa, si hay suficiente dinero por medio.

—Bueno, sí sigue importándome. Pero digamos que yo también deseo sobrevivir con cierta holgura, incluso después de que me han dado el puntapié.

—De acuerdo, ¿quién soy yo para reprochárselo? Vámonos, Conan, y que el diablo cargue con usted.

Cuando abandonaron el yate, las aguas del mar estaban teñidas por el rojo sol del crepúsculo. Un color que parecía el presagio de otras horas de violencia y de sangre...

CAPÍTULO XII

El coche estaba detenido en un paraje desierto, casi oculto por el roquedal sobre la playa. Sin ninguna luz encendida, sin fumar, el señor Mahoney estaba cada vez más nervioso.

—Espero que todo esto no sea una sucia trampa, Conan.

—No lo es, cálmese.

—Tiene ciento cincuenta mil dólares en su poder. Empiezo a pensar que he sido muy incrédulo...

—¡Cállese!

—¿Qué demonios...?

—¡Cierre la boca...!

En el silencio se oyó el lejano zumbido de un helicóptero que volaba sobre el mar.

—Ahí viene. Nosotros somos profesionales, señor Mahoney. No fallamos nunca.

Unos faros barrieron unos instantes la carretera, pasaron el promontorio y luego se desviaron, enfilando el camino de la playa. Mahoney se puso rígido.

—¡Un coche! —jadeó—. ¿Qué significa esto?

—Tranquilícese. El piloto del helicóptero no va a volver a pie a la ciudad. Alguien viene a esperarle, eso es todo.

De pronto, sobre la negrura del mar parpadearon las luces de posición de un pequeño helicóptero, tipo «Libélula». Y mientras estaban mirándolas, se apagaron y sólo quedó el zumbido.

Poco después, la sombra grácil del aparato osciló sobre la arena, antes de posarse en ella en medio de un remolino de polvo.

—Ahí lo tiene usted. El piloto le preguntará, seguramente, el nombre. Muéstrese tranquilo, seguro; Usted es Johnny Conan. El se alejará para marcharse en ese auto y todo habrá terminado.

Mahoney abrió la portezuela. Durante unos segundos se quedó mirando a Conan con los ojos brillantes.

—De cualquier modo —murmuró—, me gustaría matarle, Conan.

Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

El motor del helicóptero había enmudecido. Allá abajo era una sombra con brillos opacos.

Johnny siguió inmóvil dentro del coche. Se moría de ganas de fumar.

Distinguió a Mahoney caminando por la playa. Luego, otro hombre se despegó del aparato. Durante unos momentos permanecieron juntos, y al fin uno se alejó hacia donde esperaba el coche.

Conan se llevó un cigarrillo a los labios, pero no lo encendió todavía.

Los faros del otro coche brillaron de nuevo cuando giró para enfilarse en la carretera. Las aspas del helicóptero empezaron a girar con un rugido del motor.

El coche aceleró en la carretera, su ruido ahogado por el estrépito del helicóptero. Las manos de Mahoney no parecían tan hábiles como las del piloto que lo trajera hasta la arena.

Los faros del coche se perdieron en la distancia, camino de Los Ángeles.

El aparato, allá abajo, empezó a remontarse, en medio de un turbulento remolino de arena. Luego, con algunas torpes vacilaciones, enfiló hacia el mar abierto, alejándose a creciente velocidad, con las luces apagadas.

—Eso es para mí, Mahoney —rezongó Johnny—. Y te aseguro que sigue importándome la muerte de las chicas...

Tanteó los bolsillos, en busca de cerillas. Las encontró acababa de arrancar una del estuche cuando la bola de fuego surgió de pronto en el cielo, roja, ruidosa como un lejano trueno.

Johnny suspiró. La llamarada descendió culebreando hacia el mar, pareció chispear cuando tocó el agua y después se convirtió en una grisácea humareda, mientras el estampido de la explosión llegaba apagado, repitiéndose en mil ecos de muerte.

Johnny encendió al fin la cerilla y prendió su cigarrillo...

—Hijos de perra —barbotó—. Hijos de cien perras..., siempre supe que no pensaban dejar que algún día dejara de hablar de todo eso...

Aspiró el humo, hizo girar el coche y lo condujo despacio hacia la carretera.

Johnny Canon había muerto. Otro hombre cuyo nombre era ignorado por el resto de los mortales, acababa de cobrar una nueva vida.

Aceleró hacia un restaurante donde le esperaba una mujer nueva, tan ignorada por los demás como él mismo. Tan nueva, pensó, que cuando la hiciera suya, sería también como si fuera la primera vez.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

